
Estrategias y organización de la cultura pro-cannabis*

CALAFAT, A.; JUAN, M.; BECOÑA, E.; FERNÁNDEZ C.;
GIL, E.; LLOPIS, J.J.

IREFREA (Instituto y Red Europea para el Estudio de los Factores de Riesgo).

Dirigir correspondencia a: Amador Calafat. Irefrea. Rambla, 15,2°,3ª 07003 Palma de Mallorca. irefrea@irefrea.org

Resumen

En España se ha desarrollado un movimiento social en defensa del cannabis, a lo largo de la década de los noventa, que está logrando ser influyente como colectivo que participa en la definición social de esta sustancia. El movimiento lo forman asociaciones, profesionales y medios de comunicación que se encargan de dar a conocer los argumentos y las estrategias en pro de legalizar y legitimar socialmente su consumo. En este artículo se presentan los diferentes actores del movimiento, clasificados según el papel que juegan en el proceso: profetas, sacerdotes, técnicos, asociaciones y consumidores, así como los discursos que elaboran, sus acciones y los principales argumentos en que basan la defensa del cannabis. El colectivo pro cannabis está logrando crear un entramado cultural estructurado desde distintas disciplinas, que definen esta droga como una sustancia buena y positiva, apropiándose simbólicamente de ideales como el ecologismo, la salud, la lucha por la tolerancia, la justicia, la interculturalidad, así como de la religión. Al analizar las estrategias, han surgido también las contradicciones, mostrando que se trata de una dinámica cultural promovida y ligada a los valores de un sector concreto de la población de mediana edad, alejado de las condiciones culturales y motivaciones del consumo de cannabis de los más jóvenes. Esta estrategia sirve además para abrir nuevos espacios comerciales, profesionales y de poder.

Palabras clave: *cannabis, cultura, etnografía, política, asociaciones, control social.*

Summary

Throughout the nineties, a social movement developed in defence of cannabis in Spain and other western countries, and it is now becoming influential as a collective that participates in the social definition of this substance. The movement comprises associations, professionals and the media and they are responsible for raising awareness of the arguments and the strategies in support of legalising and socially legitimising its use. This article presents the different actors in the movement, classified according to the role they play in the process – prophets, high priests, experts, associations, and users- as well as their reasoning, their actions and the principle arguments on which they base their defence of cannabis. The pro-cannabis collective is achieving the creation of a cultural network, structured by different disciplines, defining this drugs as a good and positive substance, appropriating symbolically ideals of other movements as ecologism, health, the battle for tolerance, justice, cultural exchange or even religion. In setting out their strategies, they have also demonstrated its contradictions. Basically the problem is that it fits basically with a cultural dynamic promoted by a sector of the middle age population, faraway from the cultural conditions that support the young people cannabis use. This strategy is also used with the intention to open new commercial, professional and even political spaces.

Key words: *cannabis, culture, ethnography, policies, social control, associations.*

*Estudio subvencionado por el Plan Nacional de Drogas.

“Se atribuye tal carácter benéfico a la acción de los estupefacientes en la lucha en pro de la felicidad y de la prevención de la miseria, que tanto los individuos como los pueblos les han reservado un lugar permanente en su economía libidinal”

FREUD

“La cucaracha, la cucaracha ya no puede caminar, porque no tiene, porque le falta marihuana pa fumar”

INTRODUCCIÓN

El cannabis, como sustancia psicoactiva, ha sido consumido y utilizado de diversas formas a lo largo de la historia (Junquera 1992, Herer 1999). Sin embargo, lo cierto es que ha pasado bastante desapercibido para la mayoría de la población como sustancia de interés especial y protagonista de controversias. Incluso cuando a principios del siglo XX se inicia una política prohibicionista a escala internacional, en España el cannabis es una sustancia marginal con poco significado social, a diferencia de otras drogas como el opio y la cocaína (Usó 1996).¹ A pesar de la prohibición, la presencia social del cannabis es mínima y poco conflictiva, y continúa siendo una sustancia fácil de adquirir para los escasos colectivos que la consumen. Esa situación se mantiene a lo largo del siglo XX, hasta que en los años sesenta empieza a adquirir un protagonismo cada vez mayor, y termina convirtiéndose a finales de los noventa en la sustancia más polémica y que más se consume de toda la lista de drogas ilegales, así como en bandera y estandarte indiscutible de un complejo movimiento social.

Con anterioridad a estas fechas, el cannabis sólo tiene prácticamente presencia entre el colectivo de legionarios (González Duro 1979, Romaní 1986, Usó 1996). Para ellos fumar cannabis en forma de grifa es parte de

un ritual propio y específico de su grupo, que les da cohesión como grupo y se convierte en un elemento de identidad (González Duro 1979, Romaní 1986).² Pero los nuevos protagonistas de esta historia van a ser los jóvenes españoles que, al igual que los del resto de Europa y Norteamérica, inician un movimiento crítico hacia una sociedad definida en términos de consumismo, competencia y tecnocracia, además de carente de valores éticos y utópicos. Las drogas, al igual que ocurre con los jóvenes norteamericanos, pasan a convertirse en las ‘aliadas’ de esos inconformistas procedentes en gran medida de las clases medias. En esta rebelión contra los valores sociales dominantes, la búsqueda de cambios internos (un mejor conocimiento de sí mismos, experimentación de nuevas sensaciones...), ocupa también un importante lugar en el que las drogas constituyen un elemento relevante. Sin embargo, los jóvenes descubren con estas sustancias algo más que una tecnología muy eficaz que les permite transformar fácilmente su estado de ánimo: logran una mayor cohesión de grupo, una señal de identidad que les vincula a otros individuos con quienes comparten intereses sociales. Las drogas se convierten para ellos en un primer estadio de transgresión, al igual que la indumentaria y otros elementos estéticos. Este fenómeno surge en los años sesenta y va acompañado de políticas gubernamentales algo más activas, aunque excepcionales, de persecución del cannabis.³ El

¹ J. C. Usó en *Drogas y cultura de masas* analiza el proceso histórico en el que se regulan las drogas desde mediados hasta finales del siglo XX. Según su estudio, la política prohibicionista se inicia en España al firmar en 1912 el tratado de la Haya, en el que el cannabis no está incluido; más adelante, a partir del Convenio Internacional de Ginebra de 1925, el cannabis será considerado ilegal por influencia de los intereses colonialistas ingleses.

² Para los legionarios lo que ahora se llama porro lo llamaban petardo. En la biografía del ‘Botas’ de Oriol Romaní puede leerse cómo ha ido cambiando el significado, la denominación y las formas de fumar cannabis (Romaní 1986)

³ El bar Tokio fue el primer local público cerrado en España a causa de las drogas, hecho ocurrido en 1967. El público de ese bar pertenecía a clases sociales muy diferentes; uno de los grupos importantes eran los grifotas (Usó 1996: 200).

nuevo tipo de consumidor ha sido descrito por el historiador J. C. Usó:

“En el amplio espectro sociológico que conformaban los nuevos jóvenes drogados del desarrollo encontramos de todo: desde universitarios descontentos e izquierdistas agotados o desencantados, hasta clientes habituales del Tokio y los primeros roqueros y melencidos, pasando por algún que otro extranjero peregrinante e hijos de papá engolfados” (Usó 1996: 201).

Durante algún tiempo, dos colectivos casi opuestos coinciden en su interés por el cannabis: los legionarios y los estudiantes rebeldes al régimen. Los primeros son de origen humilde, forman parte de la imagen represiva del Gobierno de aquel momento y se hallan muy vinculados al lado oscuro del régimen franquista. Los segundos son jóvenes de clase media que tratan de elaborar un nuevo proyecto social alternativo al de la dictadura. A pesar de sus diferencias, ambos colectivos comparten el cannabis durante un corto período de tiempo, mientras va produciéndose una especie de traspase de cambio de significado, los nuevos “progres” le confieren una nueva carga simbólica relacionada con los intentos de cambio social y político de los que se sienten protagonistas.

“Cuando empecé a tomar drogas yo ya estaba en la transgresión. Con la misma gente que me drogaba lo que hacíamos en realidad era terrorismo contra Franco. Era la rebelión, en el sentido de no aceptar las normas; puesto que las drogas eran algo prohibido, formaban parte de algo con lo que había que estar, de igual modo que el anarquismo siempre ha apoyado la delincuencia, contemplando al delincuente como a un rebelde social. El consumir drogas es una no aceptación, una forma de protesta” (consumidor de 60 años)

Esta afirmación es de un fumador de cannabis de la generación del 68. Su legitimación del consumo de drogas y, en concreto, del cannabis es política. Para él, consumir drogas es una forma de actuar contra un sistema que desea cambiar. La juventud española

más alternativa de los años setenta se empaqueta de las ideas renovadoras procedentes de Europa y América, mira hacia la cultura hippy y hacia las revueltas de mayo del 68, viaja y contempla con envidia otros modelos de Estado, y algunos de sus integrantes aprenden a consumir drogas. De esa juventud surgen muchos de los protagonistas de la transición, protagonistas victoriosos de un proceso histórico que les llevará a ocupar posiciones de poder después de la transición democrática. Sin embargo, tras esos años de rápida ascensión, el interés por el cannabis parece decaer tanto en España como en otros países. La crisis del movimiento hippy, que en su momento se atribuyó en gran medida al consumo de heroína, además de otras preocupaciones de la sociedad, hicieron que quedasen aparcados muchos de los referentes que sostenían aquel movimiento juvenil, incluido el consumo de cannabis.

Es a finales de los ochenta y a lo largo de los noventa cuando vuelve a surgir con fuerza el interés de los jóvenes, tanto españoles como extranjeros, por la cultura del cannabis. Y se unen a ellos un cierto número de adultos para los que el cannabis mantiene esa carga simbólica de ilusión y de cambio que formaba parte de sus rituales de juventud; esa carga de transgresión con la que de jóvenes se iniciaron en la rebeldía, no solo en el sentido ‘guerrero’ de la lucha política, sino también descubriendo y explorando nuevas formas de diversión - como una apertura hacia la promiscuidad sexual sin precedentes hasta entonces-, y que les hizo sentir que eran un grupo activo que inventaba o descubría nuevas formas de hacer cosas. Y todo ese simbolismo se traspasa a las nuevas generaciones actuales.

El cannabis empieza a ser definido con la etiqueta de sustancia antisistema, muy reforzada por su estatus de ilegalidad, a la que se otorga simbólicamente el poder de ser aliada en la lucha política. Cuando los jóvenes del año 2000 consumen cannabis son ya parte de otro fenómeno, pero han conseguido reelaborar o recuperar muchos de los antiguos simbolismos y adaptarlos a su realidad, a sus necesidades y a su experiencia.

2. OBJETIVOS Y MÉTODO DEL ESTUDIO

Estamos asistiendo desde los años 60 a una importancia cada vez mayor del consumo de cannabis. Aunque esta progresión no ha sido lineal, e incluso ha habido momentos de recesión, actualmente se ha convertido en la sustancia ilegal más consumida, sin que nada indique que su crecimiento esté contenido (Plan Nacional sobre Drogas, 2000). Además, esta situación de elevado consumo viene acompañada de un movimiento social que denominamos *cultura del cannabis* que apoya y legitima su consumo y que está calando hondamente en la población española, fenómeno que también ocurre en otros países.

Un reciente estudio sobre las representaciones sociales de las drogas en España dirigido por Eusebio Megías (1999) -en el que también han participado reconocidos investigadores en el terreno de las drogas como son D. Comas, J. Navarro, O. Romaní y J. Elzo- concluye diciendo que el cannabis ha dejado de ser una sustancia temida y etiquetada muy negativamente para convertirse en una de las drogas más toleradas por la opinión pública e incluso valorada como beneficiosa.⁴ El nivel de peligrosidad que la población otorga al cannabis es el más bajo de todas las drogas ilegales y está muy cercano al alcohol y al tabaco. Dicho estudio se centra en la importancia de las representaciones según cohortes socializadas de forma diferencial con respecto a las drogas, y trata de mostrar que los grupos de más edad han elaborado una imagen negativa del cannabis como consecuencia de un discurso social negativo que ha sido asimilado, lo que explica su reacción contraria a esa sustancia.

Pero lo que a nosotros más nos llama la atención no es ese grupo social de adultos sino las condiciones culturales que han llevado al colectivo de 15 a 34 años a ser más permisivos con las drogas y a apostar por su

legalización. La pregunta crucial aquí sería: ¿Qué está ocurriendo para que los más jóvenes transformen el significado que dan al cannabis? ¿Por qué se ha convertido en una droga buena y positiva? ¿Con qué nuevo discurso y bagaje simbólico se está elaborando una nueva representación social del cannabis?

Todo ello nos lleva al objetivo de este estudio que consistirá en aportar información acerca de cómo se está gestando en la actualidad la construcción social de la cultura del cannabis. El análisis se delimita a los que participan con sus esfuerzos y conocimientos en definir y presentar al cannabis con una imagen social positiva; cómo lo hacen, qué estrategias utilizan, cuáles son las principales controversias en qué se implican y, en definitiva, con qué elementos se está elaborando una nueva mitología.

La intención es analizar la 'cultura del cannabis' en especial en lo que concierne a la posible promoción que hace dicha cultura de esa sustancia. Ello parte del interés en comprender el aumento del consumo que se está experimentando entre los jóvenes así como su creciente popularidad, lo que creemos que está en relación con la consolidación de una buena imagen elaborada por distintos colectivos dentro de esta 'cultura del cannabis'. Es evidente asimismo que existen grupos organizados opuestos al consumo de cannabis que actúan como detractores de la imagen social de la sustancia. De hecho, el cannabis es una sustancia que formalmente es ilegal aunque bastante tolerada. Esos grupos contrarios también actúan, que duda cabe, como un grupo de presión interesado en mantener el cannabis en una situación de ilegalidad. Unos y otros contribuyen a definir una cultura del cannabis con imágenes distintas y enfren-tadas. Sin embargo, el aumento en el consumo entre los jóvenes, su expansión a distintos colectivos, así como la tolerancia general que se está otorgando a esa sustancia es lo

⁴ El 53,1% se muestra a favor de la prohibición del consumo de cannabis y el 55,2% de la penalización de su venta. Ello significa que un grupo importante, aunque minoritario -el 39% en relación con el consumo y el 37,6%, con la venta-, está a favor de la legalización de dicha sustancia.

que consideramos de interés crucial para ser analizado como un fenómeno muy actual en nuestra sociedad. Por ello, el análisis se va a centrar en las estrategias y discursos de quienes promocionan el cannabis, para desgranar la lógica que le está otorgando una posición prestigiosa en la sociedad española, así como convirtiéndose en bandera de lucha y transformación para muchos jóvenes.

La *cultura del cannabis* es un fenómeno social de tal riqueza en el seno de muchas sociedades occidentales, que consigue aglutinar diversos colectivos, cuyos mensajes van siendo conocidos e incluso adoptados por amplias capas de la sociedad, todo lo cual va evidentemente más allá del simple consumo de una sustancia. Al indagar en esa cultura para comprender un poco mejor sus diferentes dimensiones. Puede verse en qué medida el colectivo pro-cannabis trata de responder a algunas de las carencias que se están produciendo en una sociedad altamente tecnificada y muy compleja. Otro de nuestros propósitos es mostrar la capacidad de convivencia de grupos con prácticas diversas como son los consumidores y los no consumidores de cannabis; ambos grupos, diferenciados por su relación con el cannabis, no solo conviven entre sí sino que contribuyen a elaborar un discurso entretendido con argumentos opuestos, dando lugar a un diálogo que se va construyendo y que nos permite indagar en los valores y también en las contradicciones con los cuales construimos nuestra sociedad.

De hecho lo que adquiere un significado central en el análisis es el contexto sociocultural como definidor del significado de la sustancia, y creador de representaciones sociales. Por tanto, la sustancia: el cannabis, el porro o la marihuana tiene un interés parcial, solo como objeto sobre el que se plasma la dinámica social que lo define. Siguiendo el discurso de Funes (2.000) el consumo de drogas entre los adolescentes tiene más que ver con las expectativas de efectos que con los efectos en sí. Por ello "con frecuencia la prevención comienza por descubrir qué les atrae, en qué están depositando sus ansias de

felicidad, en qué confían para obtenerla. Nada atrae más que aquello de lo que se espera mucho" (Funes 2000: 145). Y del consumo de cannabis se están creando grandes expectativas.

Una hipótesis importante de este estudio es que se están creando las condiciones para que importantes elementos de la cultura y de la defensa del cannabis estén en proceso de convertirse en parte de los valores dominantes en la España actual, dejando de ser la acción marginal de un grupo aislado o de una subcultura para transformarse en parte de la cultura de masas y de la acción de amplios colectivos sociales. Ello se demostrará tomando en consideración diferentes factores, tales como el aumento del número de consumidores, el apoyo de grupos profesionales y científicos que con su beneplácito están contribuyendo a crear los argumentos legitimadores necesarios, la promoción del cannabis a través de la música y de conocidas firmas comerciales, la acción de sólidas organizaciones que actúan exclusivamente en defensa del cannabis y, finalmente, aunque su importancia no sea menor, los vínculos que se están creando con valores positivos -la salud, la ecología, la diversión, la libertad...- y las alianzas con otros grupos sociales -grupos de activistas (ecologistas, okupas, insumisos...) o partidos políticos.

El comprender las razones por las que se consumen drogas es uno de los retos de las investigaciones actuales. Según algunos autores, "hasta hace siglo y medio, aproximadamente, las drogas eran utilizadas con fines mágicos, religiosos o médicos; es a partir de ese momento cuando empieza el consumo, la toma de drogas sin utilidad práctica..." (Rodríguez y Paíno 1997:129). El comentario es significativo por lo que tiene de erróneo; no es cierto que el consumo actual no tenga utilidad práctica, puesto que sí la tiene, y además continúa siendo un elemento ritual con componentes mágicos. Sin embargo, resulta evidente que se han producido cambios tanto en el significado como en las pautas de consumo. Las drogas actuales son un producto que adquiere su lógica en la sociedad de

nuestros días, están integradas en el mercado y una parte importante de la población las necesita para satisfacer algunas necesidades, ya sea para divertirse, para relacionarse, para relajarse, para estar más activos, etc... Así, pues, nuestra sociedad ha creado y está creando la necesidad de consumir drogas. Éstas son un producto (una tecnología) que se inserta en la sociedad por vía del mercado y del consumo, aunque tengan un estatuto ilegal, por lo que entran en competencia con otras opciones y otros artículos como la mejor solución para satisfacer algunas de esas necesidades.

La neutralidad científica. Derecha o izquierda.

Resulta difícil crear un discurso neutral y objetivo ante las drogas por ser un tema polémico que ha dado lugar a posiciones dogmáticas en dos bandos. Todo parece indicar que las cosas tampoco serán simples en un futuro. Suponemos que por un lado, se seguirá manteniendo la confrontación, más agudizada si cabe, mientras que por otro, se ampliará esa complicidad entre posturas que ya se ha iniciado. Es, por ello, fundamental desarrollar elementos críticos desde fuera del campo de batalla, alejándose de los dogmas; y esa es la posición desde donde pretendemos realizar este estudio, lo que significa tomar distancia cultural, en la medida de lo posible, para arrojar luz y fortalecer los vínculos del diálogo y los elementos de la controversia

Tal como se ha mencionado, la posición ante el cannabis divide a la sociedad en dos posturas encontradas. Esas dos actitudes han creado estereotipos que como suele ocurrir al confrontarlos con la realidad no siempre responden a la etiqueta. A los defensores del cannabis se les identifica normalmente con la izquierda o el 'progresismo', mientras que a los críticos con ese consumo se les suele alinear en el bando de los conservadores. Este simplismo reduccionista es distorsionador para quienes intentan comprender mejor cómo se construye la imagen del cannabis, así como el uso que se hace del mismo.

Mirar lo que ocurre en otros países o en otras épocas de la historia ayuda a comprender la complejidad de una situación, y ello puede ser un buen rodeo para analizar la realidad actual de la cual somos protagonistas y sobre la que debemos elaborar un discurso crítico rompiendo con los dogmas y los estereotipos. En ese sentido Howell (1998), al analizar la polémica ante el cannabis en Estados Unidos, se sorprende por el acuerdo alcanzado entre distintos grupos de izquierda y de derecha para terminar con la prohibición; si bien unos y otros tienen argumentos diferentes, terminan llegando a idénticas conclusiones. Lo que interesa destacar aquí es qué personajes y qué grupos de la derecha estadounidense invierten importantes medios económicos en defensa de la legalización. La prestigiosa revista inglesa *The Economist* de tendencia económica liberal también tiene una línea defensora de la liberalización del cannabis. Desde la izquierda, la legalización se presenta como una forma de terminar con el narcotráfico y con la criminalidad que éste genera. Desde la derecha ultraliberal, las razones son en parte ideológicas, y les llevan a adoptar una posición contraria a un gobierno paternalista que controle la conducta de los ciudadanos. Los ultraliberales consideran que "cada uno tiene derecho a ir al infierno con los medios que elija, siempre y cuando pague por ellos" (Howell 1998). Según Howell, la izquierda teme que ese interés que muestran algunos grupos de derecha por legalizar las drogas y que cada uno haga lo que le parezca, sea el caballo de Troya para más tarde retirar el soporte económico que se da a los programas de atención social o médica a los drogadictos. Vemos así que abogar por la legalización de las drogas no es una patente exclusiva de un partido u orientación política.

Para defender cualquier causa, es importante encontrar compañeros de camino que nos sirvan de ayuda en las diversas vicisitudes. Y esas alianzas, aunque puedan parecer extrañas y contradictorias, con el paso del tiempo dan lugar a coyunturas políticas más eficaces. Recordemos, en este sentido, las suspicacias que hace unos años levantaba

entre la izquierda española el ecologismo, considerado un movimiento sospechosamente de derechas, cuando actualmente se ha convertido en uno de sus principales aliados estratégicos en el espacio político. Esos cambios, que en principio son dinámicas de una sociedad que se renueva y madura, deben asimismo mostrar que es necesaria la perspectiva histórica y la mirada transcultural, pues ello contribuye a dar la relatividad necesaria a los discursos y es el mejor antídoto contra las posturas dogmáticas, que únicamente conducen a la manipulación.

El vínculo entre el consumo de cannabis y una actitud rebelde y transformadora debe presentarse como una de esas manipulaciones y engaños que se han generado, dando origen a un entramado ideológico que, al ser contemplado con una cierta perspectiva histórica y cultural y contrastado con la realidad, se resquebraja. De igual modo que es una manipulación satanizar las drogas y hacerlas culpables de todos los desajustes personales o sociales, como ocurrió hace unos años en la 'guerra contra las drogas' del Gobierno americano, también lo es beatificarlas y definir las como salvadoras de la humanidad. Actualmente, existen suficientes elementos para analizar el consumo de drogas desde coordenadas sociales. Sabemos que, hoy en día, consumir drogas es parte de una necesidad consumista. En nuestra sociedad, las drogas son un producto más entre los logros de la tecnociencia que ayuda a adaptarse a las premisas del sistema de manera más eficaz, rápida y moderna (Hottois 1991). Desde la comprensión científica no hay que demonizar ni santificar los productos sociales sino desnudarlos de sus etiquetas, separarlos de los grupos de interés que se forman alrededor y contribuir con ello al debate social. Ante las drogas es cada vez más necesario un debate social desde todas las dimensiones. Con esa perspectiva e ilusión se orienta el presente trabajo.

Recogida de información. Muestras utilizadas.

Hemos utilizado para nuestro análisis la metodología habitual en los estudios cualitati-

vos: captar información cualitativa, social y cultural mediante la realización de entrevistas a personas clave, y analizar los discursos recogidos en revistas, folletos, prensa, etc. Se ha entrevistado a distintos tipos de informantes: 1) Consumidores de cannabis de diversas ciudades españolas (Barcelona, Bilbao, Madrid, Palma de Mallorca y Vigo), de ambos sexos, en plena juventud o madurez. 2) Personas implicadas en la promoción de la cultura pro-cannabis, es decir representantes de algunas de las casi cincuenta asociaciones pro-cannabis que existen en nuestro país. 3) Profesionales de centros relacionados con drogodependencias. Asimismo, hemos tenido en cuenta la difusión y comunicación que los partidarios del cannabis realizan a través de internet; sin olvidar la abundante literatura que existe sobre esta sustancia, no sólo por la importante información histórica que aporta y que permite valorar la historia social del cannabis, sino también por constituir un dato significativo en sí mismo, como un hecho que muestra el creciente protagonismo de esta droga, activado por todo un colectivo de profesionales capaces de investigar, publicar y fomentar el debate acerca de la pertinencia o no de su consumo.

3. LA NORMATIVIDAD SOCIAL Y LA NORMATIVA LEGAL.

Normatividad social.

Tanto en España como en el resto de Europa, el cannabis continúa siendo una sustancia ilegal en el año 2000. A pesar de ello, su consumo es considerable. El Observatorio Europeo sobre Drogas confirma que "más de 40 millones de personas de la UE han consumido cannabis en alguna ocasión". Por lo que respecta a nuestro país, y según la *Encuesta Domiciliaria*, sólo el 6,8% de la población ha consumido cannabis en el último año (PNSD 2000), pero entre la población más joven el porcentaje es mayor. Según la última *Encuesta Escolar* realizada en 1998 a jóvenes escolarizados de entre 14 y 18 años, el 28,5% ha

probado en alguna ocasión cannabis y el 17,2% lo ha consumido en los últimos 30 días. La edad media de inicio ha descendido a los 14,8 años (PNSD 2000). En los estudios que hemos venido realizando desde IRE-FREA (Calafat 1999, 2000) vemos que el cannabis es una droga muy extendida en la escena recreativa del fin de semana, y que su popularidad no ha sufrido menoscabo con la aparición de las llamadas nuevas drogas o drogas de diseño.

Además de todo ello, la práctica de consumir cannabis no es independiente de la utilización de otras drogas. En nuestro país, el policonsumo de sustancias psicoactivas es una realidad indiscutible. "Entre los consumidores actuales de cannabis, un 89% bebe también alcohol, un 85% fuma tabaco, un 15,3% consume cocaína, un 5% alucinógenos, un 4,8% éxtasis y un 2,1 heroína" (PNSD 1998: 28). Cuánto mayor es la implicación en el consumo de cannabis, mayores son las posibilidades de consumir otras drogas (Calafat, 2000), lo que evidencia la gran interconexión existente entre todas estas sustancias. Ello tiene una relación directa con el significado del consumo global de drogas, que ha ido evolucionando y adaptándose a una nueva demanda social. Para los más jóvenes, el *policonsumo* es parte del proceso experimental con el que se inician en el consumo de drogas:

"Mi madre sabe que fumo, pero en casa fumo pocas veces; a ella no le gusta. Ahora ya lo acepta más, porque sabe que no tengo necesidad de los petas, que los fumo porque quiero; aunque yo consuma otras drogas, que eso mi madre no lo sabe. He probado las pastillas, el LSD, la cocaína, el tabaco y el alcohol, pero sólo de vez en cuando" (consumidora de 18 años)

La entrada en el mundo de las drogas ilegales anima a ir probando las diferentes sustancias durante una época de experimentación en la que se mezclan, dependiendo del estado de ánimo que se pretenda buscar y, sobre todo, de las ocasiones que se presentan. Puede afirmarse que los jóvenes siguen una carrera de consumo con unas pautas más o menos establecidas:

"Antes de empezar a trabajar, mientras aún estaba en el instituto, la siguiente cosa que probé [tras los porros], y a eso le di a saco, fueron los tripis. Entonces sabía que los porros y los tripis eran ilegales, pero yo estaba de puta madre; de hecho cuando mejor me sentía era cuando consumía esto, porque estaba con los amigos, de marcha, y me sentía muy bien. Pasé dos años bastante metido con los tripis, luego pasé a las pastillas y me gustaron mucho también, tenía 18 años (...). Al dejar eso, probé la coca en una fiesta en la que alguien me ofreció una raya; pero con la coca nunca me he metido a fondo porque ya sé lo que es engancharse y pasarlo mal...La heroína la probé una vez fumada, fue asqueroso. Lo peor que me ha pasado en mi vida. Ahora solo consumo porros, pero eso sí, todos los días, aunque depende del dinero que tenga. Creo que me fumo una media de seis, pero los fines de semana más. A veces me entran ganas de comerme un tripi otra vez, pero no es algo que me desespere, y ahora estoy alejado de ese mundillo. Yo con mis porros estoy tranquilo y me va muy bien. De todas formas lo que más me gusta es la coca. Yo puedo vivir tranquilamente con los porros, pero la coca es la reina" (consumidor de 21 años).

Es bastante frecuente que los consumidores entrevistados de más larga evolución en el consumo de drogas acaben desechando otras sustancias, casi siempre por una cuestión de autoprotección. Perciben cómo les afectan las demás drogas, no sólo a ellos mismos sino también a sus amigos, y consideran que el cannabis no es una sustancia peligrosa o, por lo menos, les hace sentir que pueden controlar su consumo. El cannabis se convierte así en la sustancia preferida y consumida por una amplia gama de personas, en distintas edades y circunstancias

"Creo que los porros son una droga de adolescente, porque su consumo empieza en la adolescencia... pero el hábito se mantiene cuando nos hacemos mayores. Otras drogas como los tripis o las pastillas son más del momento, de cierta edad, un signo de rebeldía, pero se acaban dejando; los porros, sin embargo, es un hábito que se mantiene" (consumidor de 25 años).

Normativa legal.

Sabemos que en muchos países no hay una correspondencia entre las normas legales y su aplicación, de tal forma que aunque una sustancia como el cannabis esté prohibida oficialmente, sus consumidores pueden funcionar como si en la práctica no fuese así. Sin embargo, a pesar de ello, no cabe duda de que la prohibición legal funciona como un impedimento sobre todo en lo que se refiere al tráfico. A principios del siglo XX, el cannabis se convirtió en una sustancia prohibida en Estados Unidos y, posteriormente, en Europa. En 1968 la OMS la define como una sustancia que induce a la fármacodependencia. Sin embargo, en algunos países como Holanda se ha permitido desde 1978 su venta en pequeñas dosis y su consumo de manera controlada, lo que ha convertido a ese país en un emblema para los consumidores de cannabis y en un oasis donde poder adquirir libremente mercancía de calidad controlada, además de las semillas y el aparataje necesario para el cultivo de distintos tipos de marihuana.

La polémica sobre la legalización del cannabis adquiere verdadera fuerza en esta última década. En 1992 llegó al Parlamento Europeo, que se pronunció a favor de mantener su ilegalidad, cuestionando el hecho de que Holanda se posicionara al margen de la prohibición. Hace algunos años se inició un proceso de despenalización muy limitado a usos médicos en algunos estados norteamericanos, como Nueva York y California. En el ámbito científico, el cannabis se ha convertido en una sustancia a investigar, así como en el centro de grandes controversias entre grupos opuestos. Todo ello ha abierto un debate en los países europeos acerca de la situación de ilegalidad del consumo de cannabis (Cabrera 1999). Los avances científicos son rápidamente asimilados y cooptados a sus intereses por uno de los dos frentes: los prohibicionistas o los legalizadores. La presentación de los grupos activos en dos bandos hace invisible el trabajo y la intervención de un grupo importante situado entre ambas

posturas, y que no tiene una posición claramente definida ante la prohibición.

En España nunca ha estado penalizado el consumo de drogas y la ley de 25 de junio de 1983 despenaliza la tenencia de drogas para el propio consumo adelantándose con ello legalmente a muchos países de nuestro entorno. Incluso en Holanda, muchos de los avances que se han hecho en sentido liberalizador, más que cuestiones refrendadas legalmente, son acuerdos sociales más o menos explícitos, como el de que la policía no considere una 'prioridad' proceder a la persecución de un determinado delito. No obstante, esta situación de privilegio para el consumidor español sufrió un importante revés en España con la Ley 1/1992 sobre Protección de la Seguridad Ciudadana, conocida como la 'Ley Corcuera', que pasa a ser el marco legal que regula tanto la tenencia y el consumo de drogas en lugares públicos. Según esta Ley, cuando el consumo o la tenencia es en el ámbito público se puede aplicar una sanción administrativa por considerarse una infracción grave, siempre que la cantidad no levante la sospecha de que se está traficando, en cuyo caso ya se entraría en una cuestión penal. La multa puede oscilar entre 50.001 y 5 millones de pesetas, dependiendo de la cantidad requisada. Tan solo se sanciona a los mayores de 16 años; en caso de que sean menores el procedimiento que se sigue es informar a los padres, sin abrirles expediente ni multarles. Esta Ley tiene un efecto real sobre los consumidores de cannabis y de otras drogas, pues en el año 1998 hubo en España un total de 47.877 sanciones. Las mayores tasas de sanción por cada 10.000 habitantes corresponden a Canarias, Baleares, La Comunidad Valenciana y La Rioja. Entre 1992 y 1998 se han iniciado un total de 232.762 sanciones a personas por posesión de drogas, y 3.173 sanciones a locales públicos por tolerar el consumo.⁵

El Real Decreto 1079/93 (BOE 172 de 20 de julio de 1993) establece una alternativa a la multa: ponerse en tratamiento en un cen-

⁵ Datos elaborados por J.C. Usó, procedentes de la Subdirección General de Política Interior y Protección Electoral. Se adjuntan a un documento que la asociación ARSEC presenta al Sindic de Greuges en 1999.

tro de rehabilitación acreditado. Existen centros terapéuticos en todas las Comunidades Autónomas, tanto públicos como privados. Según algunos profesionales de los mismos, esa alternativa resulta un tanto ambigua en la práctica, además de impracticable en el caso del cannabis. Las personas sancionadas se encuentran con la posibilidad de seguir un tratamiento largo en uno de esos centros que se han ido desarrollando para hacer frente a situaciones de adicción a la heroína, al alcohol y, en menor medida, a otras drogas. Los jóvenes sancionados por tenencia de cannabis no suelen responder a esos criterios, ni se sienten adictos, ni siquiera creen haber cometido un acto ilegal.

De ese modo, los sancionados se sienten víctimas de una injusticia, aunque la mayoría tiende a pagar la multa para quitarse de encima el problema lo antes posible. Pero esa minoría que tiene problemas para pagar y se dirige a un centro de tratamiento no suele encontrar una respuesta fácil. Algunos profesionales de esos centros encuentran injusta la sanción y animan a los sancionados a actuar y a manifestar su oposición a la Ley, poniendo en contacto a los sancionados con las asociaciones pro-cannabis, donde suele haber asesoría jurídica. La explicación que da la psicóloga de uno de los centros de tratamiento es la siguiente:

“Cuando los jóvenes llegan aquí están deses- perados porque no quieren pagar las cincuenta mil pesetas. Hay centros que les hacen una sesión grupal y les dan información, haciéndolo constar como tratamiento. Nosotros les decimos que si quieren someterse a tratamiento deben seguir el que está estipulado, porque la Delegación del Gobierno pide cada equis tiempo un informe. Si consideran que la sanción administrativa y la ley es injusta, que hagan una reclamación legal; les envío a la asociación de cannabis y también a un centro de asistencia jurídica donde les ayudan a hacer los papeles. (...) Sabemos por la asociación que hacer alegaciones o

reclamaciones no conduce de momento a nada, pero a mí ése me parece un camino para actuar porque si la ley no está clara hay que cambiarla. Si los servicios hemos de adaptarnos bajo mano a lo que dice la ley para que ésta quede justificada, las cosas van a seguir igual” (profesional de un centro de tratamiento).

Muy pocos centros han creado un programa específico y a medida para los sancionados por tenencia y consumo de cannabis. Uno de ellos es el Programa Municipal de Drogas del Ayuntamiento de Majadahonda en Madrid⁶. El objetivo general del programa no está orientado a la desintoxicación sino a acciones educativas que impliquen la toma de conciencia sobre lo que significa el uso y abuso de esa sustancia. Las acciones consisten en realizar entrevistas individuales y grupales, aportar información sobre las drogas e implicar a la familia en aspectos de prevención. La aceptación y el seguimiento del programa parecen ser altos desde su creación en 1996.

A pesar de los indudables inconvenientes que presenta dicha Ley, especialmente para los que ya han sido sancionados, en la práctica los fumadores de cannabis, no tienen grandes dificultades para encontrar espacios públicos y privados donde consumir. Diversos colectivos han criticado la mencionada Ley, y es probable que el manifiesto elaborado por un grupo de juristas de primer orden sea el ejemplo más importante de ello.⁷ El punto principal de su propuesta es que las drogas actualmente ilícitas pasen a estar reguladas por la Ley del medicamento, lo que significaría que su venta y producción seguiría la misma normativa que los medicamentos y los adultos podrían comprarlas libremente en las farmacias, en dosis únicas. Con respecto al cannabis, se prevé una difusión por el sistema estanco -como el tabaco- o algo similar.

⁶ Idea Prevención nº 16

⁷ El manifiesto está firmado por un centenar de magistrados, profesores y catedráticos de derecho Penal. Está reproducido como apéndice en el libro de Escohotado *La cuestión del Cannabis*.

4. LOS ACTORES DEL MOVIMIENTO PRO-CANNABIS.

El movimiento pro-cannabis se inició de manera más organizada en España hace aproximadamente una década, cuando un colectivo de consumidores deciden organizarse y actuar en defensa de la sustancia y su consumo⁸. Los precursores han sido, además de consumidores de cannabis, profesionales dotados de habilidades sociales suficientes como para consolidar y expandir una organización, elaborar un discurso sólido y complejo, y buscar aliados prestigiosos en distintos ámbitos sociales. En pocos años, el movimiento pro-cannabis ha crecido de forma espectacular y es muy probable que actualmente España sea uno de los países donde ha cobrado mayor fuerza y se muestra más activo.

Como toda actividad que afecta a muchas personas, puede hablarse de una 'jerarquía' y de un distinto nivel de participación en el movimiento. Se trata de una red de apariencia informal que, sin embargo, en la práctica supone una organización que está logrando una buena cohesión de individuos y de grupos que participan en la definición y promoción de la cultura del cannabis. Puede identificarse una gama de actores que cumplen diversas funciones en la creación y difusión de esa cultura. Existe un núcleo más activo que crea los elementos discursivos que utilizan y asimilan los consumidores de cannabis e incluso la población no consumidora que se define favorable a su legalidad. En esa red podemos identificar, al igual que en otros movimientos sociales, a los profetas, personajes de renombre que actúan como personas de referencia, a los sacerdotes creadores del discurso, a los técnicos que con su trabajo cotidiano crean una acción más aplicada ante

cada una de las problemáticas que surgen - como la médica o judicial-, y a los activistas, que muchas veces son los encargados de difundir y de realizar acciones de promoción y presión política. En las asociaciones también hay técnicos, que con su habilidad de expertos abren o desarrollan distintos campos (jurídico, ecológico, botánico, filosófico, religioso, médico, político, etc.) donde actuar

Los profetas

Los/las profetas están en la cúspide de la jerarquía, cumpliendo una misión básicamente simbólica, y sirven de punto de referencia del movimiento. Son aquéllos que anunciaron con anterioridad la buena nueva. Son algunos de nuestros ancestros que tuvieron la virtud de triunfar en alguna faceta de la actividad humana, de consumir cannabis y de hablar sin miedo de ello. Ahora han sido rescatados para engrosar las filas de un movimiento que jamás pudieron imaginar llegaría a existir. Otros son personajes vivos aún, ya ancianos, que se han convertido en ídolos, en popes de ese movimiento, con la ayuda de sus canas, de su éxito profesional y de su jovialidad. La reciente y pujante actividad editorial del movimiento pro-cannabis permite reconocer, ver, leer y admirar a esos profetas.

Uno de los elementos claves de todo movimiento es su capacidad de coaptación de distintas disciplinas a su engranaje y la difusión de sus materiales, lo que ayuda a conformar un andamio cultural y político, a darle cohesión y a proporcionar solidez al discurso. Las publicaciones recientes son un ejemplo que permiten dar a conocer personajes célebres descubriendo sus facetas cannábicas. Es el caso de Walter Benjamin⁹, quien en su obra autobiográfica narra sus experiencias con el cannabis y cita a muchos otros

⁸ En Sociología se ha desarrollado un amplio campo de estudio para aplicarlo a los nuevos movimientos sociales (Laraña y Gusfield 1994). Los analistas diferencian entre los movimientos formales y organizados típicos de la primera mitad del siglo XX y los movimientos actuales entre los que pueden considerarse los movimientos relacionados con la música, la fiesta y la defensa de nuevos espacios de diversión, donde las drogas juegan un papel importante. Gusfield propone un marco conceptual en el que integrar ese tipo de acción, lo llama 'movimiento fluido' para diferenciarlo del movimiento lineal, organizado, con objetivos bien determinados y orientado racionalmente hacia el logro de sus metas (1994). En esos nuevos movimientos los aspectos de la vida íntima y personal adquieren centralidad convirtiendo lo privado en colectivo y lo colectivo adquiere carácter político. Puede decirse que el movimiento pro-cannabis que aquí se analiza está a caballo entre esas dos formas, es un parte de un movimiento social fluido que tiende a convertirse en lineal y formar una organización compleja.

⁹ Walter Benjamin (1995) *Haschisch* (Madrid: Miraguano)

personajes, uno de ellos el historiador Ernst Bloch, como compañero en la aventura. Los dos amigos fueron víctimas del nazismo alemán, lo que los convierte en símbolos poderosos de la antirrepresión. La cooptación de esos personajes al movimiento pro-cáñamo es interesante puesto que se desconoce la importancia que adquirió el cannabis en sus vidas; sólo se sabe que en un período de tiempo más bien corto experimentaron con él. Y aún se sabe menos de la influencia del cannabis en sus aportaciones filosóficas e históricas, lo que no impide crear una conexión que redunde en beneficio del consumo de esta sustancia que será difícil de desentrañar para muchos lectores.

Otra publicación, *El club del hachís*, presenta el contacto que tuvieron con el cannabis algunos de nuestros míticos ancestros como Herodoto, Marco Polo, Gautier, Baudelaire, Nerval, Dumas, Rimbaud.¹⁰ Las mujeres también han participado en la cultura de las drogas, lo que queda de manifiesto en la recopilación de escritos y testimonios realizados por destacadas mujeres a lo largo de la historia (Palmer y Horowitz, 1999). La lista de consumidores famosos del cannabis se ve continuamente engrosada por nuevos personajes del presente y del pasado, convertidos así en aliados de la cultura del cannabis.

En esta labor genealógica de búsqueda de antepasados que avalen el movimiento resulta de gran ayuda encontrar aliados redefiniendo nuestro campo de acción. Éste es el sentido de calificar la marihuana como droga enteógena¹¹ (Feriqla 1999, 2000), lo que lleva a heredar automáticamente un nuevo colectivo de profetas, de hombres sabios, que conocen los secretos del conjunto de sustancias mágicas o divinas. La lista es larga; la encabezan científicos y artistas como Ginsberg, Alexandre Shulguin y Albert Hofmann (el descubridor del LSD), el filósofo

Ernst Jünger, el psiquiatra Thomas Szasz, el escritor Burroughs y unas cuantas celebridades más. Queda claro, pues, que una baza importante de la estrategia del movimiento pro-cannabis consiste en ganar credibilidad construyendo una galería de celebridades que, de una forma u otra, avalan aparentemente el uso del cannabis y el resto de principios defendidos por el movimiento.

Los sacerdotes

Los sacerdotes surgen, básicamente, de ámbitos académicos y científicos. La mayoría formaron parte de la generación del 68 y siguen identificándose y defendiendo activamente los valores sociales e ideales de aquellos tiempos en los que el consumo de drogas ocupaba evidentemente un lugar idealizado. Muchos de ellos han logrado crearse un espacio profesional y público gracias al estudio de las drogas y a la defensa de su consumo, y participan activamente en la difusión de estas ideas a través de sus escritos y de sus conferencias en foros públicos; ello les ha hecho convertirse en importantes puntos de referencia para la población cannábica.

Uno de los sacerdotes más conocidos es Jack Herer, un californiano que ha dedicado su vida al cultivo y al conocimiento de la marihuana, además de luchar contra su prohibición a través de su organización HEMP (Help End Marijuana Prohibition). Su libro traducido recientemente al español *El emperador está desnudo* (Herer 1999) es un compendio histórico de la marihuana, su uso y la lógica que mantiene la prohibición, explicada a través de la metáfora del emperador desnudo como símbolo del despotismo, de la hipocresía y de la ignorancia con que actúa el poder en estas cuestiones¹².

En España, la persona quizás más reconocida en estas funciones es Antonio Escohotado

¹⁰ José J. Fuente del pilar (1999) *El club del Hachís* (Madrid: Miraguano ediciones)

¹¹ J. M. Ferigla, tiene dos artículos en los cuales puede leerse la definición de "droga enteógena" así como la historia de ese concepto y de otros que van apareciendo dentro de la creación de un nuevo espectáculo o disciplina: el de la modificación de la conciencia. Esos artículos se encuentran en las revistas *Ajoblanco especial marihuana* (1999) y *Cáñamo especial* 2000.

¹² Jack Herer, el cáñamo y la conspiración de la marihuana. *El emperador está desnudo* (Cádiz: Castellarte 1999) La edición española incluye un prólogo de Antonio Escohotado y un anexo de Alfonso de la Figuera: *La situación actual del cáñamo en nuestra sociedad*

do, autor de distintas publicaciones en las que presenta su visión filosófica y social del papel que juegan las drogas, además de criticar abiertamente su prohibición. Uno de sus últimos escritos, *La cuestión del cáñamo. Una propuesta constructiva sobre hachís y marihuana* (1997), es un compendio crítico de la dinámica socio política que mantiene esa sustancia en situación de ilegalidad. Otros muchos autores se han convertido también en sacerdotes para los feligreses defensores del cannabis como son el antropólogo Oriol Romaní y el historiador Juan Carlos Usó.

Los técnicos.

Los técnicos (o mediadores) ocupan el plano inmediatamente inferior en la jerarquía, aunque su labor es fundamental en la estructura de apoyo. Se trata básicamente de profesionales en áreas cercanas al consumo de drogas: psicólogos, biólogos, médicos, juristas, sociólogos, antropólogos, etc... Dentro de esos colectivos, algunos profesionales aportan los elementos técnicos y el conocimiento que permite engrosar la definición de la sustancia cannabis, así como su efecto en los individuos. No hay duda de que son quienes más participan dentro de las instituciones y de los colectivos sociales a la hora de crear las condiciones para la integración social de esa sustancia, quienes crean el discurso y los espacios de difusión. Es obvio que también ocurre algo similar en el bando opuesto, entre los detractores del cannabis, quienes también se amparan en conocimientos técnicos para mantener la imagen negativa de la sustancia. Ello no es más que un reflejo del peso fundamental de los colectivos profesionales en la tarea de integrar o legitimar una sustancia o una actividad en nuestra sociedad. La implicación favorable de estos grupos puede servir de barómetro para medir la tolerancia y la aceptación social del cannabis, más allá de su consumo (Derber 1992).

Los juristas son el colectivo que probablemente ha expresado con más contundencia

en nuestro país su solidaridad con la defensa del cambio de estatus legal de las drogas en el manifiesto "Propuestas alternativas a la actual política criminal sobre drogas, y declaración programática del Grupo de Estudios de Política Criminal", firmada en 1991 por un centenar de juristas. Jueces para la Democracia es otro ejemplo de organización profesional que apoya activamente la causa. En algunos países hay médicos implicados en el movimiento a través del estudio del potencial terapéutico del cannabis. Asimismo, en España, una serie de profesionales orientan en ese sentido sus aportaciones; un ejemplo de ello es la reciente publicación de la Universidad de Deusto.¹³ En el terreno de la psicoterapia también surgen nuevas áreas de tratamiento y colectivos como el que se forma alrededor de la psicología transpersonal. En el terreno político, según Escotado (1998), unos 160 eurodiputados de la anterior legislatura apostaban a favor de un cambio legislativo que otorgara al cannabis el estatus de fármaco. Otros profesionales y personajes públicos prestan su apoyo moral apareciendo en los medios de comunicación como defensores de la causa. En el número 7 de la revista *Cáñamo* dos psiquiatras, un escritor y un psicólogo dan su apoyo a la legalización de la marihuana y critican la condena que impone el Tribunal Constitucional a ARSEC (asociación pro-cannabis catalana) por haber organizado una plantación.

Los activistas. Las asociaciones.

Las asociaciones son las entidades y los colectivos que asimilan los mensajes elaborados por los grupos anteriores (profetas, sacerdotes y técnicos), los difunden y los reelaboran en sus actividades. Las asociaciones son entes difusores y educadores dentro de la cultura del cannabis, y no sólo son los centros de encuentro de las personas que forman parte del movimiento, sino también los lugares donde se informa a las personas desvinculadas y con curiosidad. En el seno de las

¹³ Derivados del cannabis: ¿Drogas o medicamentos? (1998) Edición a cargo de J.J. Meana y L. Pantoja, Bilbao: Universidad de Deusto

asociaciones se hacen debates, se difunden publicaciones; es allí donde surgen iniciativas de acciones de promoción, donde acuden los consumidores a informarse o a pedir consejo jurídico, donde se enseña a cultivar la marihuana en las casas. Son las entidades más cercanas a la población. Los miembros que forman las asociaciones son, básicamente, consumidores de cannabis que han decidido adoptar una posición activa en la defensa de algo en lo que creen. Hay grandes diferencias entre unas y otras en cuanto a su número de integrantes y a su actividad.

“Hay socios de todas las edades, desde los 18 a los 70. La gente más activa tiene entre 20 y 45 años. En cuanto a estudios y profesiones, también hay de todo. Cuando hacemos reuniones nos juntamos una fauna de lo más variopinta: algún empresario, algún médico, algún profesor de universidad, una administrativa, algún ocupa que hace artesanía, estudiantes, algún albañil, tenemos hasta un carpintero checo. Hasta hace poco venía uno con cresta pero vestido con corbata. No hay un perfil único; hay gente que vive sola, otros son casados y con hijos, las situaciones son muy variadas... La mayoría son heterosexuales, pero también acuden homosexuales. Lo que sí tenemos todos en común es la preocupación por la situación del cannabis (responsable de una asociación).

Las asociaciones son muy importantes dentro de toda la estrategia, pues proporcionan la estabilidad y los medios para la acción. Abren espacios para la actuación de los sacerdotes, técnicos y profesionales; traducen los argumentos e ideas académicas en un lenguaje y con unos criterios más concretos y comprensibles. En el seno de las asociaciones se encuentra un colectivo muy diverso con un objetivo común: transmitir al resto del mundo su verdad sobre el cannabis para contribuir a su expansión y obtener apoyo social.

En 1991 nace en Barcelona la primera asociación, ARSEC (Asociación Ramón Santos de Estudios sobre el Cannabis), que termina convirtiéndose en líder y consejera de todas las que surgen posteriormente, y que cuenta en la actualidad con unos 3.600 asociados. Se creó por iniciativa de un colectivo de per-

sonas que se inspiraron en la figura de Ramón Santos, un abogado defensor de la marihuana.

“Ramón Santos era un abogado amigo nuestro, mucho mayor que nosotros, que venía todos los días a comer con nosotros cuando acababa en los juzgados. En la sobremesa nos contaba todos los casos. Nos decía que los consumidores estamos dentro de la Ley, que somos legales, que somos ciudadanos y debemos ser tratados como tales, con todos los derechos, porque el consumo no es delito” (responsable de una asociación).

“Un político catalán muy conocido fue quien nos explicó la fórmula, el camino político, para legalizar la marihuana. Nos dijo que debíamos hacer un lobby, una especie de organización para unificar la masa de los seguidores. Luego, hacer la coordinadora de todas las asociaciones, y con esa base formada debíamos ir a ver a los políticos para que nos incluyeran en sus programas, al Plan nacional y al Parlamento” (responsable de una asociación).

Las asociaciones idean distintas actuaciones para provocar la intervención de las autoridades, con el fin de llamar la atención pública y mostrar las contradicciones del sistema legal, lo que les permite reclamar cambios legislativos. La acción más popular de las asociaciones, la que les ha llevado a aparecer en los medios de comunicación, lograr nuevos contactos con grupos e individuos interesados y, por tanto, ampliar el movimiento, ha sido su lucha por las plantaciones de marihuana. En 1993, cuatro miembros de ARSEC son llevados a juicio por plantar marihuana en Tarragona.

“Los partidos políticos pasaban de nosotros; por otro lado, los médicos estaban también en contra. Entonces no había los libros y los estudios que hay ahora, que nos dan la razón, entonces lo teníamos todo en contra y solo nos quedaba el diálogo con la administración de justicia...que sólo sabe dialogar con sentencias..., así que teníamos que cometer un delito para que nos juzgaran y con la sentencia nos aclararan si estábamos dentro o fuera de la ley por actividades de consumo. El fiscal nos dijo que si hacíamos una plantación para consumo propio no sería delito. Con esa carta hicimos una plantación en un pueblecito de

Tarragona en 1993, pero vinieron la Guardia civil, los Mossos d'Escuadra y salimos en la prensa. A raíz de eso se empezaron a crear las otras asociaciones en toda España (responsable de la asociación)

En 1997 la asociación madrileña AMEC organizó un concurso de cata de marihuana entre cultivadores para decidir cuál era la mejor; en aquella ocasión detuvieron a su vicepresidente¹⁴. Otra acción similar de apoyo se llevó a cabo en el País Vasco, promovida por Kalamudia con el lema: "Contra la prohibición, me planto".

"Kalamudia empezó con la campaña de plantación pública reivindicando el autoconsumo. La campaña se llamaba "Contra la prohibición me planto". Era para apoyar una iniciativa de la asociación catalana. En nuestro caso cuidamos algunos detalles de tipo legal. (...) En la plantación participó un parlamentario de IU, concejales de varios partidos, gente de organizaciones juveniles, profesores de la Universidad, algún actor, sindicalistas, cantantes y gente corriente, hubo de todo un poco. Al final se archivó, la fiscalía no recurrió, recogimos la cosecha, nos la repartimos y un día hicimos otro acto público de reparto. Había que acudir con el DNI, dar el nombre y una persona que cortaba la plantita daba el lote que tocaba y ya está". (responsable de una asociación)

En un período de tiempo relativamente escaso se han creado un total de al menos cuarenta y cinco asociaciones, en todas las autonomías españolas a excepción de Extremadura. Muchas de ellas se encuentran vinculadas a otros grupos, y el número de miembros activos suele ser bastante pequeño.

El asesoramiento profesional y político es esencial en la formación de las asociaciones como grupo de presión. Ese vínculo no solo se mantendrá sino que irá en aumento a medida que la defensa del cannabis se vaya consolidando. El incremento del número de consumidores de cannabis es otro de los motivos que legitima su defensa y convierte esa práctica en un hecho social cotidiano.

Todo ello forma parte de los argumentos que refuerzan a las asociaciones.

Éstas no son homogéneas. Algunas centran su defensa en la legalización de la marihuana y otras en las drogas en general. Algunas de esas asociaciones establecen vínculos de colaboración con partidos políticos generalmente de izquierda, a favor de la legalización, mientras que otras se mantienen apartadas de la vía política convencional debido a su espíritu más anarquista.

Junto con las asociaciones pro-cannabis surgen otros colectivos con un objetivo anti-prohibicionista más amplio: el de legalizar todas las drogas. En 1991 se crea una plataforma en el País Vasco, en 1994 surge la Asociación Libre Antiprohibicionista en Cataluña y, finalmente, en 1998 nace la Federación Ibérica Antiprohibicionista.

"Hace unos tres años, en contacto con otros colectivos de mayor índole cannábico como ARSEC en Barcelona, pensamos hacer más cosas con las personas consumidoras y centrarnos en el tema del cannabis por ser la sustancia más consumida, la que tiene menos estigma social, el eslabón más débil de la cadena, allí donde las contradicciones se ponen más de manifiesto". (responsable de una asociación).

Para algunas de estas organizaciones, la defensa del cannabis es sólo un primer eslabón. Las asociaciones, en su conjunto, crean un complejo entramado nacional e internacional que colabora para intervenir en la toma de decisiones políticas sobre el tema de las drogas. En 1996 se creó una Coordinadora Estatal de Organizaciones para la normalización del cannabis que reúne al conjunto de asociaciones de todas las comunidades. Más recientemente aparece la Coordinadora Europea Ecco (European Consumer Cannabis Organization) con sede en Amsterdam. La plataforma ENCOD es una Coalición Internacional de ONG's para una política justa y eficaz de drogas. El manifiesto presentado a las Naciones Unidas por ENCOD en 1998 está firmado por diversos tipos de asociaciones,

¹⁴ *Diario 16*, 26 de octubre de 1997

todas ellas con una voluntad antiprohibicionista ante cualquier clase de droga. En total son 86 organizaciones, siendo España el país más representado con un total de 19, seguida de Alemania con 14, Holanda con 7 e Inglaterra con 6. Esos niveles macro de la organización sirven para realizar una intervención política más incisiva a nivel mundial.

Las estrategias de comunicación.

Las asociaciones realizan otras actividades además de las reivindicativas. Una de las más importantes es la informativa. Por lo general, crean un punto de encuentro de las personas que se sienten vinculadas al consumo de cannabis y a su defensa, participan en sesiones informativas en escuelas, organizan charlas y tertulias, etc...

“Cada mes vamos a dar charlas o conferencias allí donde nos llaman, normalmente institutos y colegios. Suele ir un abogado que les explica qué ocurre con la ley, un médico que les dice qué pasa con la salud y un botánico que les describe cómo se puede cultivar el cannabis. Las madres lo entienden enseguida porque saben que sus hijos dejan de gastarse dos mil pesetas a la semana si ellos se cultivan la maría” (responsable de una asociación)

La red de internet, en clara expansión, es uno de los medios de difusión más utilizados; las revistas son otro de los sistemas que más se está consolidando. En España, y siguiendo los pasos de la revista *High Times* estadounidense, surgen *Cáñamo* y otras publicaciones. *Cáñamo*, que actualmente tiene una periodicidad mensual, adopta una clara vocación organizadora del movimiento pro cannabis desde que aparece en 1997. En su declaración de principios deja bien patente que “*Cáñamo* pretende dar voz a todo el movimiento antiprohibicionista representado en España por la Coordinadora de Organizaciones por la Normalización del Cannabis”. La revista *Cáñamo* es moderna, está bien editada y cuenta con diversas colaboraciones de profesionales entusiastas y vinculados a diferentes facetas de la amplia cultura juvenil, como la música, el cine, los espectáculos, etc... Además, es la difusora de cualquier

acontecimiento relacionado con el cannabis y otras drogas, así como de una amplia gama de productos elaborados con cáñamo o etiquetados como ecológicos y naturales.

Otras publicaciones se han hecho eco del creciente interés que despierta el cannabis, convirtiéndose en precursoras de su causa. En España la revista *Ajoblanco* ha dedicado varios monográficos al tema. También *Archipiélago* ha consagrado un número a las drogas, y recientemente ha hecho su aparición *Ulises*, una revista de viajes interiores. Las publicaciones cuentan siempre con la colaboración de los profetas y de los sacerdotes de la causa Hofmann, Ott, Shulgin, Escotado, Usó...-, pero también hay nuevos personajes que proceden de colectivos de profesionales —médicos, juristas, músicos...-. Entre todos generan una amplia gama de productos culturales en forma de imágenes, palabras, elementos decorativos, etc... El discurso gira alrededor de la legitimación del consumo de cannabis, elaborando una doctrina de apoyo bien estructurada con la que se hace frente a la prohibición. El movimiento ha logrado acrecentar la controversia sobre el significado que debe otorgarse al cannabis en sus distintas funciones, como droga, como medicamento, como alimento y, en definitiva, como un producto social más.

Los consumidores y simpatizantes

El movimiento pro-cannabis ha logrado vincular a un grupo importante de consumidores y no consumidores que simpatizan con la causa. La asesoría jurídica y la botánica son los dos servicios que probablemente hayan atraído más público al interior de las asociaciones. Sin embargo, la mayoría de los consumidores ni están vinculados a las asociaciones ni participan en dicho movimiento, se limitan a ser consumidores de cannabis; algunos de ellos desconocen la existencia de estas asociaciones y ni siquiera se han planteado la menor reivindicación. Otros son receptores del discurso porque se informan, leen las revistas y captan los mensajes que se elaboran en las asociaciones. Así, pues, algunos consumidores son activos en el

movimiento, pero la mayoría de ellos están al márgen; unos son receptores del discurso y otros, la mayoría, simplemente consumidores.

Este apartado se ha elaborado a partir de las entrevistas realizadas a un grupo de consumidores de cannabis, jóvenes y adultos -entre 15 y 60 años-, de ambos sexos. Entre ellos hay, al menos, dos generaciones que forman dos colectivos bien diferenciados, por la edad, por las condiciones de vida, por el significado que dan al cannabis, pero sobre todo por las distintas consecuencias que ese consumo tiene en sus vidas.

Dos generaciones.

Para los adultos, que tienen la vida organizada, una posición y un recorrido vital más largo, fumar cannabis puede ser un sibaritismo más con el que logran hacer la vida cotidiana más relajada e interesante. El porro lo definen como un antídoto para escapar de "estar todo el día escopeteado" y lograr más fácilmente unos momentos de calma. Para ellos, el hecho de fumar porros es también un punto de enlace con los más jóvenes, un nexo que les crea complicidad y les hace revivir su juventud.

Es entre el colectivo de adultos donde se mantiene una batalla más dura a favor o en contra de las drogas, especialmente del cannabis. El siguiente ejemplo resulta muy gráfico:

"Yo he trabajado en varias compañías teatrales, y en ese ambiente puedo decir que hay una minoría que no se droga y una mayoría que sí lo hace. En una de las compañías, el padre, que era el director de orquesta, perseguía con ensañamiento al hijo, que era utillero. El padre estaba paranoico contra los que nos drogábamos, porque estaba convencido de que éramos los más viejos los que pervertíamos a su hijo, cuando en realidad su hijo era el que nos hacía de camello. Si eres aficionado a las drogas y quieres estar bien provisto tienes que estar cerca de los jóvenes" (consumidor de 54 años).

Ocurre a veces que los jóvenes que se han iniciado encuentran en otros adultos cerca-

nos, que no son sus padres, sus ídolos y compañeros de transgresión. La posibilidad de compartir porros puede crear nexos de unión entre generaciones o puede abrir brechas que cuestionan la autoridad de los padres y sus valores. La conexión de los mayores con los jóvenes no sólo es simbólica, también tiene un componente práctico. Algunos de estos mayores necesitan de los jóvenes para conseguir comprar cannabis en el mercado negro:

"(Gracias a la asociación) he podido aprender a cultivar plantas, lo cual es importante para mí, pues antes tenía que pedirles a mis hijos que me lo comprasen, y eso era un rollo, pues no es su problema" (consumidora de 52 años).

"Algunos dejan de consumir porque no están dispuestos a hacer lo que hay que hacer para procurarse el hachís, y no porque lo quieran dejar verdaderamente. Hay gente a la que le cuesta mucho ir a buscar la droga, pues ello supone implicarse a fondo. Los consumidores crónicos necesitamos un sistema para conseguirlo, lo fundamental es estar en contacto con jóvenes; si no sabes dónde encontrar hachís y tienes un sobrino de 17 o 18 años, pregúntale a él" (consumidor de 60 años).

Los jóvenes viven dentro de unos ambientes más tolerantes, han sido socializados en una cultura donde el consumo de drogas es un elemento más, están más cercanos al tráfico, se mueven en lugares donde el consumo está normalizado, no tienen que disimular ante sus compañeros, crean relaciones de solidaridad si surgen problemas, etc... Para los adultos, el porro continúa siendo un tabú superado sólo a medias, que los aleja de estar plenamente cómodos dentro de los diversos ambientes que frecuentan. El siguiente comentario es de un adulto que está a medio camino entre dos culturas:

"Habitualmente no me relaciono con gente que no fuma. Mi mujer tiene amigos que no lo hacen y cuando salimos con ellos, lo que intento hacer lo menos posible, me escapo a fumar un porro y llega un punto en el que estoy todo relajado, mientras los otros dan botes como locos" (consumidor de 35 años).

La relación de convivencia y exclusión entre consumidores y no consumidores es un hecho; en la vida cotidiana se combinan las dos situaciones: al tiempo que se convive, hay momentos en los que los consumidores se excluyen, “se escapan” y forman un grupo aparte.

Una constante entre los jóvenes es la educación liberal que han recibido, ya sea por los padres o por el contexto. Algunos jóvenes consumidores de cannabis definen así la relación con su madre y con su padre:

[Refiriéndose a la madre] “Yo creo que me dio una educación que te cagas, lo que pasa es que ella no se da cuenta de lo bien que lo ha hecho. Ella me ha dado libertad de salir... y en cuanto a pensar, sobre todo en cuanto a pensar; me ha dicho toda la vida que tengo que tener mi propia filosofía, pero ahora que la tengo no le gusta nada” (consumidora de 17 años)

[En relación a los padres] “En mi vida siempre he tomado yo las decisiones, mis padres consideraban que era yo quien debía hacerlo... ni siquiera me bautizaron para que yo eligiera mi propia religión. Así que lo de no estudiar fue porque yo quise, claro que mi padre me presionó para no abandonara mis estudios. Yo he sido su frustración...” (consumidor de 21 años)

“Mi madre me advierte, me dice que vaya con cuidado y que controle, y de vez en cuando me pregunta si fumo mucho. Ella tiene tres hermanos que fuman... y amigos... y ha visto que no les pasa nada. Ellos nos respetan y confían en nosotros” (consumidora de 22 años)

La transmisión de criterios, de valores y de pautas de conducta a los jóvenes ha de ponerse en relación con los cambios más globales que están aconteciendo en nuestra sociedad. Los jóvenes son herederos de los valores e ideales de los adultos y, al mismo tiempo, transformadores de éstos. Ello significa que son herederos activos, no pasivos. Se apropian de lo que consideran valioso, pero lo adaptan y lo utilizan en función de su realidad y de su experiencia de la realidad. Las ideas liberales que los adultos han creado como mecanismo de cambio social en la época de la transición, y que ya forman parte de los valores dominantes, hacen posiblemente que el hecho de consumir cannabis

sea considerado una cuestión no demasiado transgresora y pueda ser vivido o interpretado como una especie de continuidad de todo un proceso de reivindicación de las libertades del individuo iniciado unas décadas atrás. Para muchos padres resulta sin embargo chocante que este proceso de conquista de libertades individuales y colectivas haya podido llevar a un sector de jóvenes a consumir drogas como parte de las actividades cotidianas.

“Yo supe que existía el cannabis desde que nací, mi madre fuma. Lo que pasa es que fuma uno cada mil años y siempre de una manera muy discreta, en casa, vamos que yo sabía que existía, pero a mi madre no le gusta que fume. En ese sentido tiene una visión un poco hipócrita. Ella a lo mejor cree que no me entero cuando va a pillar costo a mis amigos y luego a mí no me deja fumar. En ese sentido mi madre es muy hipócrita” (consumidora de 17 años).

“Conseguir hachís es super fácil. A mí me llevaron un día y yo sabía que mi madre tenía un carácter abierto, había visto en mi casa, en comidas familiares, unas piedrecitas marrones y comentarios como: “Mira que piedrecita me han regalado”. Yo no sabía qué era, pero veía que se reían mucho y pensaba: “Joder, ¿por qué no lo paso tan bien como los demás?”. Así que yo ya sabía que mi madre lo toleraba” (consumidor de 21 años).

La procedencia social de los jóvenes fumadores de cannabis es muy diversa; sin embargo, un número muy elevado de ellos son de clase media y media-alta. Según el último informe del PNSD, entre las personas admitidas a tratamiento por consumo de cannabis en 1998 en España, 2.879 en total, el 30,2% tienen estudios de BUP y superiores, y el 40,6% están trabajando, se hallan insertados en el mundo laboral (PNSD 2000). Esos datos confirman una vez más que el fumar porros implica también a jóvenes bien integrados, o por lo menos dotados de capital social para poder elegir; incluso podríamos decir que muchos fumadores son de “buena familia”

Yo creo que fuman todos, lo que pasa es que, entre los adultos, cuanto más alto es el estatus más tratan de esconderlo. Tengo un amigo que vende y sus clientes son de mucho dinero. En el mundo del arte, del cine, el periodismo, todos

fuman. Yo creo que hay más hachís entre la gente de izquierdas, pero eso ya ha trascendido, ahora fuman todos. El clásico pijo sevillano medio facha también fuma (consumidor de 30 años).

Y, por supuesto, también se fuma porros en grupos marginales, de clase baja, e incluso entre colectivos radicales o profesionales que por ideología podrían estar en contra. De eso se queja un miembro de una asociación:

“Los skins, por ejemplo, también fuman porros como nosotros y se drogan, también la policía y los médicos, de hecho el consumo está normalizado” (miembro de una asociación)

Esa normalización es un logro de los más jóvenes. Para los adultos el fumar porros era y es una cosa de una cierta ‘elite’ o de momentos muy especiales. Para algunos el fumar es cosa de una minoría de iniciados, para otros es parte de momentos especiales compartidos con amigos como para reforzar un guiño de complicidad o recordar los momentos jóvenes. Sin embargo, el colectivo de adultos que se apropió del cannabis de los legionarios en los años 70 no ha llegado a normalizar el consumo, eso está siendo obra de los jóvenes actuales. Para ellos el porro es una sustancia cotidiana, visible y próxima.

No es nada fácil hacer de padre o madre de los adolescentes actuales en lo que se refiere al consumo de drogas propias de esta edad. El papel de los adultos, y en especial de los padres, a estas edades ha cedido mucho peso a la socialización a través de los pares.¹⁵ En este sentido, la actitud ambigua, positiva o negativa de algunos padres y madres ante el porro, aunque influyente, puede ser neutralizada por otras influencias, la del grupo de pares, la de otros adultos cercanos, la de los medios de comunicación, etc...

El conflicto entre generaciones es sustancial en el debate del cannabis y su análisis no va a quedar saturado en este artículo, pero sí es importante subrayar en qué consiste su importancia: para la mayoría de los adultos, el cannabis es una sustancia controlable en sus

vidas, lo que les permite hacer un uso controlado y sibarita de él. Y eso es lo que más se acerca a ese uso inteligente que proponen los defensores del cannabis, consistente en fumar en ciertas ocasiones, en ciertos momentos del día o circunstancias, algo semejante al ritual de beber un buen vino o de disfrutar de un programa de televisión. Sin embargo, no es ése el uso que hacen del cannabis la mayoría de los jóvenes, sino otro mucho más compulsivo. Entre los jóvenes hay un hambre voraz de símbolos, de encontrar significados a la realidad, de abrirse a nuevas experiencias, de comunicación... y no hay duda de que el porro -al igual que otras drogas- se está convirtiendo en un instrumento eficaz como amuleto y/o fetiche mediador en la satisfacción de esas necesidades.

Motivos de los adolescentes para el consumo.

La edad de inicio en el consumo de cannabis está descendiendo. En la última Encuesta Escolar de 1998 se sitúa en los 14,8 años (PNSD 2000). A esa edad, el grupo de amigos cobra una importancia vital y es en su núcleo donde suele iniciarse el consumo. Los espacios de ocio son importantes, pero es sorprendente ver hasta qué punto los centros educativos, donde los jóvenes pasan la mayor parte de su tiempo, resultan lugares privilegiados para tener una primera experiencia con las drogas:

“A los dieciséis años me cambiaron de colegio y allí hice nuevos amigos que ya fumaban. Empecé COU y lo que hacíamos era sentarnos por ahí y hacer unos porros... a esa edad buscábamos algo diferente, hablábamos del día a día, de música, de lo que nos gustaba, a uno le encantaba el surf y hablábamos horas y horas de surf; también planeábamos las cosas que nos gustaría hacer... siempre planeábamos cosas, que si una salida, una excursión, un sitio donde ir de marcha, etc... Entre todos juntábamos algo de dinero e íbamos a buscar costo. De todas formas yo nunca he ido

¹⁵ Hay un buen análisis de cómo ha ido cambiando la socialización de las nuevas generaciones en el estudio *Jóvenes Españoles 99*, realizado por Juan González-Anleo (1999: 144-151).

a comprar, siempre lo han hecho los amigos, yo ponía el dinero y otro se encargaba de comprar” (consumidora de 21 años)

“Tenía un compañero de clase que ya estaba metido en ese rollo de fumar porros pero no sabía liarlos, entonces yo me hice el guay y le dije: yo controlo que te cagas, yo fumo desde hace mogollón. La verdad es que nunca había fumado antes, pero me dio el material y me hice un porro...,claro que no el mejor que me he hecho en mi vida, porque no tenía práctica, pero me salió bastante bien para ser la primera vez. Allí nos lo fumamos, en el instituto a las diez y media de la mañana, y cogimos un pedo que no sabía ni dónde estaba. Tuve una bajada de tensión radical, me quedé agilipollao, me reía de todo, no recuerdo muy bien la sensación” (consumidor de 21 años).

“... yo tenía 13 años y me preguntó [una amiga] si lo había probado, ella tenía 17 o 18 años, éramos tres y me gustó la sensación. Yo tenía prejuicios en cuanto a las drogas, creía que te alienaban, pero ahora estoy totalmente en contra de eso, ahora sé que sigues siendo tú mismo, lo que pasa es que son partes de ti que no conocías. (...)Después de la primera vez no volví a fumar hasta al cabo de un mes. Las tres primeras veces siempre te invitan. Luego se lo dije a un amigo, le pedí que me pillara un talego porque me iba de excursión con los de mi clase. Les inicié a todos, y no por ello me sentí mal, ni corrupta, ni nada, me sentí muy bien.” (consumidora de 16 años).

Para el varón, empezar a fumar porros es muchas veces una cuestión de orgullo y de virilidad, muy parecido a lo que pueda significar iniciarse en las relaciones sexuales. No se puede decir a un colega que aún se es virgen. Su hombría pasa por demostrar conocimiento y dominio de la situación. Para las mujeres, por el contrario, se trata más de una cuestión experimental, más vinculada al compañerismo: hay una transmisión de conocimientos y de afecto que se consolida a través del porro. Hay una cultura del porro que define posiciones en el grupo y, dentro de ella, el conseguir el hachís tiene un significado especial. Uno de los consumidores ya experimentado lo describe de forma muy gráfica:

“Algunos de los consumidores nunca han dado el paso transgresor de ir a buscar la droga. Ocurre que en los grupos o en las parejas hay

una cierta especialización. Hay uno que se encarga de conseguir, otro que lo paga, pero no tiene siempre que ser el mismo. Surge el derecho de que el que lo compra no paga su parte, es decir que entre los amigos se roban. Es una cosa muy sutil que no puede reducirse a un modelo. Hay gente a quien le encanta que le invites, que les compren y les den” (consumidor de 60 años).

Esas diferentes posiciones tienen que ver con el papel social que cada uno acepta jugar. Entre los jóvenes varones puede significar una forma de demostrar su valor, pero también es una forma de ahorrar en la compra. Las relaciones de solidaridad no están nada claras en ese trámite, en ninguna de las dos posiciones, ni en el que compra y cobra más a sus amigos de lo que ha pagado, ni en los que consumen aceptando que sean otros los que corran el riesgo de ir a buscar la mercancía.

Las mujeres no se sienten motivadas por el acto de comprar la sustancia, y por norma general suelen encargárselo a un amigo o buscar un mecanismo más seguro de aprovisionarse. Quizá ésa sea la explicación de que más del 90% de las sanciones administrativas y de las detenciones se realicen a varones. La relación de las mujeres con el porro está menos vinculada a la demostración pública de habilidades y valentía, lo que les permite expresar sus temores y adoptar conductas protectoras. Ello también explica el diferente significado que se otorga al porro. Las mujeres enfatizan más la sociabilidad y la búsqueda de sensaciones, el porro les refuerza y potencia esas habilidades. En los varones, el porro más que un potenciador es un generador, les abre la puerta de la sociabilidad y las sensaciones, habilidades que, sin un estímulo, muchos mantienen reprimidas. Los varones amplían el espacio en que fuman al conjunto de situaciones en las que necesitan ser sociables y receptivos, las mujeres seleccionan más esos momentos. Los varones, más que las mujeres, necesitan exhibir que son fumadores como una demostración de valentía. Algunos ejemplos pueden verse en los siguientes testimonios, donde se pre-

sentan las razones y las circunstancias en las que apetece fumarse un porro:

“El hachís es una droga que se adapta a todas las situaciones de la vida, aunque normalmente empiezas en los bares. Después te preguntas qué puede pasar si te lo fumas sola, y me cuenta que fumar en el balcón de mi casa oyendo música era muy gratificante ... pero en general sólo fumo cuando salgo en plan tranquilo. Si salgo a bailar no, porque no aguanto. Es muy intelectual lo de los petas, te apetece conversar, reírte, hablar de algo trascendental” (consumidora de 16 años)

“Cuando tenía tiempo libre y no tenía nada que hacer era cuando fumaba, de hecho, para mí fumar porros ha estado siempre vinculado al ocio y al tiempo libre. No se me ocurriría nunca fumar un porro por la mañana antes de ir a trabajar, pero sí un sábado que no tengo nada que hacer. Yo ahora fumo a diario, pero cuando estoy con amigos. Suelo fumar entre dos y seis al día compartidos con otra gente, los fines de semana es cuando más fumo. A veces estoy relajada y sola, y me apetece fumarme un porro... entonces me lo hago, pero con medio que fume ya tengo bastante. Para mí fumar porros tiene que ver con relajarse, estar a gusto”. (consumidora de 21 años)

“Para mí el mejor momento para fumar un porro es cuando me apetece. A mí me sienta muy bien después de comer, en vez de hacer un cigarro, hacer un porro. También me gusta para irme de marcha, cuando no tengo ninguna obligación, ni he de estar presentable, ni quedar bien con nadie... entonces es cuando me gusta. También me encanta fumarme un porro para tocar la guitarra, no ponerme ciego sino con un toque, si me paso, como cualquier exceso, es malo, y si no me paso disfruto más. Con un porro me suelto más, normalmente soy bastante parado, más bien tímido y con un porro me vuelvo más atrevido y estoy más sensible. (consumidor, 21 años)

En esos comentarios están casi todas las razones que alegan los consumidores para fumar porros: se fuma para ser más sensible a la música, para estar en ‘plan tranquilo’, en los momentos de ocio, con los amigos, para relajarse, o simplemente porque apetece. Hay otras razones que se irán viendo en los testimonios de los consumidores, pero éstas son, por decirlo de alguna forma, las más típicas y las más tópicas, aunque, como vere-

mos a continuación, tienen poco que ver con la línea argumental oficial del movimiento pro-cannabis.

5. EL DISCURSO LEGITIMADOR Y SUS CONTRADICCIONES

La defensa del cannabis se sustenta en un entramado de argumentos que tienen como función principal presentar los beneficios sociales de esta sustancia y las incoherencias del sistema que la mantiene prohibida. La elaboración de un discurso legitimador ha acompañado también la inserción social de las llamadas ‘nuevas drogas’ o ‘drogas de diseño’ como el éxtasis (Kokoreff y Mignon 1994, Calafat 1998). Los argumentos que se elaboran son una construcción cultural basada, en principio, en algunas de las cualidades, científicas o no, con que se etiquetan las sustancias. Estas estrategias que legitiman el consumo se nos presentan como símbolos que dan identidad a las sustancias, en este caso al cannabis, identidad que se transfiere a sus consumidores en el acto mismo del consumo y de su defensa. Pero también esos argumentos tienen suma importancia en el plano de lo social, pues hacen referencia a dogmas y a valores actuales que nuestra sociedad defiende y sin los cuales ese discurso legitimador de las drogas no sería funcional, y exigiría la construcción de otro muy diferente.

El análisis que viene a continuación se ha efectuado a partir de diversas fuentes: de la información escrita que aparece en revistas, folletos, postales e Internet, y de las entrevistas realizadas a diferentes miembros de las asociaciones españolas en defensa del cannabis, y a otros consumidores. Es un análisis de discursos en el que se han tratado de captar los criterios que definen el consumo de cannabis y la sustancia misma, con la intención de analizar la construcción de todo el entramado y sus contradicciones.

Cáñamo y cannabis como experiencia ecológica.

Esta estrategia contiene diversos argumentos. Uno de ellos es buscar la asociación entre el cannabis y la planta cáñamo, que ha sido, al parecer, injustamente perseguida por intereses comerciales; otro, reivindicar el cannabis por ser un producto natural, un regalo de la naturaleza a los seres humanos. Una línea estratégica es la promoción del autocultivo, una forma de tener un producto controlado y de luchar contra el narcotráfico y la adulteración.

El cáñamo (*Cannabis sativa*) es el nombre que recibe una planta muy utilizada desde la antigüedad. Sus granos tienen propiedades alimenticias y sirve de materia prima en la fabricación de productos muy variados: papel, materia textil, objetos diversos... Últimamente se utiliza para producir isocáñamo, un material para la construcción¹⁶. Las numerosas posibilidades que ofrece el cáñamo lo han convertido en una sustancia muy defendible desde criterios ecológicos, por la facilidad de su cultivo en diversos tipos de paisajes, por ser un cultivo no contaminante que no requiere insecticidas y crece con facilidad -lo que permite la biodiversidad- y por ser una materia prima que ha ido perdiendo espacio a favor de otras como los tejidos sintéticos o la madera. El cultivo del cáñamo se mantiene en casi toda Europa, siendo Francia y España los principales productores¹⁷. La Unión Europea promociona actualmente su cultivo otorgando subvenciones, lo que viene a demostrar que el argumento de sustancia perseguida no funciona, al menos en Europa, donde su cultivo está en fase de expansión.

Dependiendo de la variedad de cáñamo o, fundamentalmente, del clima en el que se cultiva se obtienen plantas con mayor (del 2 al 6%) o menor (< de 0,25%) contenido de tetrahidrocannabinol (THC), que es el componente con efectos psicoactivos, que además se produce en relación inversa a la fibra que

es la que tiene intereses industriales. En este sentido, el cáñamo que se cultiva en Europa para fines industriales tiene mucha fibra y carece prácticamente de efectos psicoactivos. Por ese motivo, aunque hablamos genéricamente de la misma planta, tanto al referirnos a la que se utiliza con fines industriales como a la que se utiliza para obtener marihuana o hachís, en la práctica no tienen nada que ver, puesto que o sirve para la industria en cuyo caso no tiene efectos psicotrópicos o viceversa. Así, pues, ¿por qué meterlo todo en el mismo saco? ¿De dónde surge ese interés repentino de algunos consumidores de marihuana por defender una planta utilizada en la industria?

Podría pensarse que defendiendo los aspectos ecológicos del cáñamo, una planta tan injustamente perseguida -aunque no en Europa- como el cannabis, del que se obtiene la marihuana y el hachís, se lograría que este último fuera visto con los mismos ojos. Esa defensa del cannabis a través de la defensa del cáñamo da a la reivindicación un tono más genérico y amplio, lo que permite situar la problemática a un nivel de intereses económicos internacionales y monopolísticos. Uno de los argumentos es que los intereses creados en la producción de fibras sintéticas y de algodón (producto cultivado mediante un sistema muy poco ecológico) impiden que se produzca cáñamo porque éste resultaría competitivo en el mercado (Herer 1998). De esa manera, los productos de cáñamo simbolizados por la hoja de marihuana se reproducen como símbolos de grupos alternativos, de personas críticas al sistema, de grupos de "izquierda", ecológicos, etc... El mensaje que se acaba creando es que defender el cáñamo, un producto ecológico injustamente perseguido, y fumarse un porro y luchar por su legalización son distintas vertientes de una misma contienda.

"El cannabis es una forma de vida. Cada vez es más una forma de vida, hay ropa de cáñamo,

¹⁶ La obra de Jack Herer recientemente traducida al español *El cáñamo y la conspiración de la marihuana. El emperador está desnudo* es un buen compendio de los diferentes usos que se han hecho del cáñamo a lo largo de la historia.

¹⁷ *Cáñamo*, enero del 2000: 70-72

comidas de cáñamo, papel de cáñamo y hasta la propia Adidas tiene unas playeras de cáñamo que te cuestan doce mil pelas y son preciosas. Hay una cultura total. En la asociación hay gente que vive para el hachís, venden su ropa, son especialistas en el tema hidropónico, cosas del cultivo de interior y exterior, y eso es una forma de vida. Si el cannabis se legalizara, a mí me encantaría montar un coffe-shop con zumos maravillosos y marihuana” (consumidor de 30 años).

Una vez conseguida esta etiqueta ecológica resulta fácil para la marihuana encontrarle alianzas, que funcionan mejor cuando hay además intereses comerciales. En una manifestación organizada en Londres en 1998 por el periódico *The Independent on Sunday* pudieron verse las alianzas entre el ecologismo y las multinacionales, haciendo propio el interés antiprohibicionista y aliándose con los defensores de la marihuana. Al hablar de la noticia, el periodista afirmaba:

“Este mismo diario organizó el pasado 28 de marzo una gran manifestación antiprohibicionista en Londres, a la que asistieron el grupo Virgin, cuyo presidente, Richard Branson, declaró hace tiempo que comercializaría porros si fueran legales, así como The Body Shop, que se dio a conocer por sus cosméticos no testados sobre animales, y que ha lanzado una línea de productos de cáñamo” (Cáñamo 7: 18)

Asimismo, los que trabajan con el cáñamo se benefician de todo este movimiento pro-cannabis y sus productos llevan como distintivo las hojas de marihuana que simbolizan la cultura del cannabis. Lo simbólico cobra una importancia enorme en todo ese marketing que adorna los productos de cáñamo. Así, resulta sumamente atractivo el ideal de sustancia “natural”, sinónimo de una sustancia buena y positiva que nos regala la madre naturaleza. La etiqueta de ecológico vende y es una seña de distinción para un grupo social de importante capacidad adquisitiva. Pero ese ecologismo mercantilizado no está exento de contradicciones, pues, a pesar de su etiqueta, no es ajeno al principal problema ecológico del planeta: el exceso de consumo.

El simbolismo de la ‘naturaleza’ siempre ha tenido una gran fuerza. En un pasaje de la declaración de principios de la revista *Cáñamo* se afirma:

“Hay cosas que cabe recordar y aclarar de buen principio aunque parezcan obvias. Por lo tanto, aclaremos: las leyes son pasajeras, pero el cannabis sativa es, ha sido y será. La marihuana ha sobrevivido la represión arbitraria de las culturas humanas durante milenios, como sobrevivirá a la ‘guerra contra las drogas’”¹⁸

el significado que se otorga a la planta, como parte de la naturaleza, es el de un poder existencial mayor que las normas creadas por los seres humanos, que no dejan de ser transitorias. No es una idea original: está impresa en las raíces de nuestro sistema cultural desde hace siglos. Ya el dogma central de la Iglesia Cristiana se basó en el poder omnipotente de Dios, expresado en las leyes inmutables de la naturaleza. Según la Iglesia, la naturaleza es inmutable, y sólo Dios puede alterar sus condiciones mediante los milagros. Siguiendo esta premisa, la Iglesia ha puesto barreras al desarrollo de la ciencia en distintos ámbitos, pues ello supondría transgredir la Ley divina. Vemos así como el ecologismo se convierte en un nuevo aliado del paradigma católico más tradicional.

Asimismo, la defensa del cannabis como producto de la naturaleza, y por tanto legitimado, se ampara en esa creencia, en la supremacía de lo natural y en lo nefasto de cualquier intervención humana. Como ha demostrado Bruno Latour el recurrir a la naturaleza como argumentación última invalida el argumento desde premisas científicas (Latour 1992). Mas esa visión interesada de la naturaleza niega una de las aportaciones más audaces y críticas que han impregnado el mundo científico en el siglo XX: la mirada humana de la naturaleza siempre es subjetiva, lo material existe interpretado desde nuestro bagaje cultural (woolgar). No existe la naturaleza fuera de la cultura que la define, o en palabra de Hawkins, un físico reconocido,

¹⁸ Recogido por internet en la página de cáñamo: www.canamo.net

el principio antrópico afirma que “vemos el universo en la forma que es porque nosotros existimos”. Por tanto, el hachís, la marihuana o los porros son elementos definidos desde la subjetividad que por supuesto es cultural, tienen un uso social y son artefactos a los que se da una finalidad determinada por el contexto.

El cultivo en casa.

El cultivo casero del cannabis es una de las estrategias más importantes en esta alianza con el ecologismo. La planta es símbolo y metáfora de la naturaleza. ¿A quién se le ocurriría pensar que algo que crece en una maceta del balcón de casa o del jardín puede ser una droga? Es mucho más fácil establecer una conexión con el cultivo de tomates u hortalizas para el autoconsumo. Además, de esa forma también se consigue aumentar el compromiso del individuo con la causa (Ingold y Toussirt 1998).

En el entramado ecológico, la promoción del cultivo casero de la marihuana se ha convertido en una nueva moda que está creando un espacio muy dinámico dedicado al aprendizaje del cultivo y la botánica dentro de las asociaciones:

“Los jóvenes vienen porque se aficianan a cultivar la planta, eso les llena, crean una relación con la planta del día a día, que si regar, podar, espulgar... y vienen aquí a ver al biólogo, para que les explique qué deben hacer para matar algún insecto o plaga, cómo sacar los machos, y en ese proceso sí que van viniendo y se implican con nosotros. Cada vez hay más jóvenes aficionados porque cuando prueban la marihuana se dan cuenta de que no tiene nada que ver con el hachís que venden en la calle. Además es gratis porque ellos la han creado. El Mendiluce dice que puede utilizarse como tratamiento de desintoxicación, como terapia ocupacional, por lo de cuidar tus plantas, porque es muy compensatorio, son seis meses de ocupación y al final llega la cosecha. Hay un americano que dice que la marihuana no crea adicción, lo que sí crea adicción es su cultivo. Eso lleva a una relación con la planta que se amplía a otras plantas, al mundo vegetal, a la ecología, a la naturaleza, a la vida... El paso de llegar a una visión del mundo más acorde con las necesi-

dades ecológicas puede empezar por esa relación con la plantita” (miembro de una asociación).

La marihuana se convierte, así, en un formato más defendible que el hachís; su cultivo es una alternativa a participar en el narcotráfico y permite crear nuevos criterios positivos en su defensa. Además, con la marihuana se puede controlar lo que se toma, lo cual nos lleva a una crítica del hachís como producto susceptible de adulteración. La promoción del cultivo casero está empezando, la marihuana continúa siendo un bien escaso y se considera un privilegio poderla consumir. Como alternativa tenemos el hachís, que procede básicamente de Marruecos. Todo lleva a crear una cierta mística alrededor de la marihuana. Así describen los consumidores las diferencias entre marihuana y hachís:

“El hachís es más accesible y lo fumas con más regularidad, tiene otro tipo de sabor, produce una sensación totalmente diferente. El hachís es más tranquilo y menos creativo, también te abre un poco la mente y da mucha hambre. La marihuana lo que tiene mejor es que es más creativa. A mí me gusta mucho actuar y con la marihuana se me ocurren muchísimas más cosas. Si ahora hubiera fumado marihuana estaría dando saltos, pegando gritos, haciendo alguna representación... con el hachís te lo tomas de otra manera. Con la marihuana te sientes obligado a sacar todo lo que llevas dentro” (consumidora de 17 años)

Algunas asociaciones tienen un espacio de venta de productos y libros relacionados con esa afición botánica. A través de Internet es posible comprar todo lo necesario para realizar un cultivo casero eficaz y científicamente controlado, e incluso lograr semillas manipuladas genéticamente que garantizan una cosecha “de calidad”. La revista *Cáñamo* dedica en cada uno de sus números un espacio importante al cultivo. La idea que trasmite es que conseguir así “buena” marihuana es una tarea muy compleja, difícil y propia de expertos.

“La genética de la semilla es el principal factor que influye en la potencia de la marihuana. Si la genética no es buena, la maría no será potente (...) ¿Qué tienen las semillas de los bancos holandeses? -se preguntan muchos cultivadores. Prin-

cipalmente, estabilidad y potencia. Los bancos de semillas llevan a cabo una labor de selección de las mejores plantas. Estabilizan las variedades y las hibridan. Las semillas de variedades holandesas suelen dar lugar a plantas semejantes entre sí. Maduran más o menos a la vez y prácticamente todas las semillas dan lugar a buenas plantas” (Cáñamo 20: 56)

El cultivo casero de marihuana, según advierten los conocedores del tema, no es tarea fácil ni puede hacerse de manera autónoma sin el consejo de algún experto, y sin tener materiales básicos o acceso a semillas de calidad. Es difícil no ver en ello un nuevo tipo de mercado, tanto de profesionales como de productos, que ya está abierto en Holanda y que se encuentra en vías de expansión.¹⁹ En ese discurso de selección de las semillas puede observarse otra de las contradicciones. Cultivar marihuana se convierte en un acto natural que, además, conecta con la tradición idealizada del mundo rural. Sin embargo, para obtener marihuana de calidad hay que recurrir a complejos mecanismos de selección genética (o bien simplificar la operación comprándola por internet a los holandeses, quienes se han encargado de conseguir semillas de todo el mundo, seleccionarlas y hacer un bonito catálogo). Por tanto, cultivar marihuana no significa sólo “poner una planta en tu vida”, sino también entrar en un complejo sistema especializado en lograr plantas de calidad. La manipulación de las semillas tiene como finalidad lograr que éstas produzcan más THC, con el fin de obtener mayor efecto psicotrópico. Todo ese montaje queda lejos del ideal de dejar hacer a la “madre naturaleza” y parece más bien aplicar la tecnociencia más actual. La dialéctica entre tradición y modernidad entra en el discurso en defensa de la marihuana y es muy efectiva en el marketing de promoción de las semillas holandesas.

El cultivo casero de marihuana requiere dedicación y estímulos. Por ese motivo, las asociaciones han empezado a organizar con-

ursos en la época de la cosecha. El más famoso es el “Cannabis cup”, organizado por la revista estadounidense *High Times*. En España, los concursos tienen un carácter más simbólico y se hacen con cautela para guardar las formas legales. Ello no impide que se anuncien de forma pública y que causen una cierta expectación entre los jóvenes, aunque en general no exista un gran rechazo institucional.

“Este año [1999] hemos organizado un concurso en el que sólo podían participar socios. Se han presentado treinta y seis cultivadores. En Madrid llevan tres ediciones y en Andalucía, dos. Este año hemos empezado aquí (País Vasco) y en Valencia. Para ser la primera experiencia fue muy bien, hubo normalidad absoluta. Lo hicimos público, sacamos carteles con el titular: “Primer concurso de marihuana de Euskalerría”, donde explicábamos el programa en el que el concurso era una parte de los actos. El premio fue una chapela con una hoja de maría bordada” (Miembro de una asociación)

La salud, la adicción y el uso médico.

En los últimos años, se ha hecho pública la existencia de serios debates científicos sobre las cualidades del cannabis. La polémica se ha centrado en dos aspectos:

1. Si el cannabis puede ser considerado un medicamento.
2. Si el consumo de cannabis es perjudicial para la salud y crea adicción.

El debate acerca del cannabis como medicamento salió a la luz cuando en 1995 la publicación científica *The Lancet* resaltó los posibles usos terapéuticos del THC, abriendo nuevas vías de investigación sobre esta droga. Desde entonces, unos estudios han mantenido la línea terapéutica (Meana y Pantoja 1998, Grinspoon 1998), mientras otros se han posicionado claramente en contra (Farrell 1999, Pertwee 1999). El debate se mantiene abierto; entretanto, la afirmación de que el cannabis puede ser un medicamento resulta

¹⁹ La revista *Cáñamo* hace publicidad de toda una gran gama de productos elaborados con cáñamo, así como de las direcciones donde pueden conseguirse. La mayoría son empresas holandesas, aunque también hay algunas españolas.

una línea argumental muy poderosa. La salud es una de las mejores etiquetas legitimadoras; por esa razón, es la más utilizada por la propia medicina cuando se abren nuevos campos que crean algún tipo de controversia social. La salud está de moda y resulta un argumento infalible para legitimar nuevas formas de intervención médica. Si se logra reafirmar la marihuana como una sustancia que tiene una función curativa y que contribuye a la mejora de la calidad de vida, su legitimación está asegurada. Por ello, los defensores del cannabis se acogen con fuerza a esa posibilidad, potenciando todas las publicaciones orientadas a presentar el cannabis como medicamento.

Nuevamente la estrategia de la cultura pro-cannabis es considerar que las posibilidades terapéuticas del cannabis son postergadas debido a la combinación de los intereses políticos y económicos de la industria farmacéutica, para los cuales el cannabis aparece como un competidor. La industria farmacéutica es considerada como uno de los grandes opositores a la legalidad de la marihuana. La denuncia se orienta a que soborna indirectamente a médicos e instituciones. Ello puede ser o no cierto, pero se ampara en el hecho real de que la industria farmacéutica es poderosa y tiene verdadera capacidad de influencia política (Navarro 1978). Sin embargo, también es cierto que el recurso del consumo de marihuana como medicamento es un subterfugio para lograr el consumo legal de esta sustancia por la puerta de atrás. El concepto de salud es tan amplio y flexible que una vez que la marihuana esté legitimada como medicamento, lo estará para cualquier otro fin que se desee. El punto débil de la argumentación es que, nuevamente, hay una confusión interesada entre marihuana o cannabis y uno de sus productos activos, el THC, y que dentro de las posibilidades terapéuticas muchas veces no es suficiente o necesario fumar marihuana para conseguir los efectos ²⁰.

Estrategias similares en las que se busca legitimar una droga a partir de sus posibilidades terapéuticas las siguen los grupos de interés económico que hay detrás del alcohol y del tabaco. Con esta última sustancia se ha querido demostrar que prevenía la demencia senil -cuestión que últimamente se ha desechado con un amplio estudio con médicos varones - y la enfermedad de Parkinson, pero se ha demostrado que los posibles beneficios en este caso vendrían anulados porque la gente se moriría antes de cáncer de pulmón (Fagerström, 1994).

El cannabis no perjudica ni crea adicción.

La otra batalla a favor del cannabis está en convencer que el consumo de cannabis es inocuo para la salud. Escohotado dedica unas páginas en su último libro a explicar los beneficios de consumir marihuana si se hace correctamente, e incluso argumenta que si no se hace correctamente no tiene ningún riesgo, ni crea adicción ni toxicidad (1997: 50-67). De hecho, Escohotado propone un consumo inteligente e idílico que no tiene en cuenta las condiciones reales de consumo de la mayoría de los consumidores de cannabis actuales, especialmente los jóvenes. Existe bastante literatura, por el contrario, que aporta datos que nos alejan de esa visión tan idílica (Quiroga, 2000), al igual que ocurre si escuchamos a los propios consumidores, cuya forma de uso nos recuerda en ocasiones a la automedicación de las amas de casa y de los ejecutivos.

“Como otra persona se puede tomar un café o una valeriana yo me fumo un porrito. Es un poquitín para cortar un mal estado de ánimo o para un fin de semana comunicarte mejor. Si un día estoy enloquecida o me sobrepasa un problema de trabajo me tomo uno, me calma y me ayuda mucho. Igual me lo tomo para cosas aburridas que me fastidian mucho, para sobrellevarlos. Si, por ejemplo, tengo que estar dos horas en el ordenador,

²⁰ Como dice Manuel Guzmán del Departamento de Biología Molecular a raíz de sus investigaciones sobre el tratamiento del glioblastoma con THC: “Cuando la marihuana se fuma, el THC y otros 60 compuestos que hay en la planta tienen que llegar a la sangre, una parte muy pequeña del THC llegaría al cerebro y dentro del tejido cerebral la proporción de cannabinoides que se insertaría en las células tumorales sería ínfima” Revista *Interviu* n° 1.245, pág.40 (2.000)

me ayuda y tomo distancia” (consumidora de 52 años).

“La única cosa que consumo regularmente es marihuana. Con eso no me siento en peligro, es la droga más tranquila del mundo. Como todas las drogas es corrosiva, el único peligro que veo es la memoria, llevo un despiste encima que no me aclaro, se me olvida todo. Yo ya soy despistada de nacimiento pero con los porros se me acentúa más. Normalmente fumo poco porque enseguida me afecta. Además soy una persona con ansiedad física, eso es porque soy muy nerviosa. Los porros no es que me den ansiedad pero me la acentúan. Eso es lo único que les encuentro de negativo.” (consumidora de 17 años).

Quizá el efecto más apremiante del cannabis haya que verlo en el uso que hace de él la población más joven, que se enfrenta a una serie de cambios en su proceso de crecimiento. La comodidad de colocarse con porros, evadirse de sus ansiedades y creer que el mundo les es adverso no es precisamente la actitud más saludable para estimular a los jóvenes a que potencien todas sus capacidades, habilidades sociales y autonomía personal. El comentario siguiente no es aislado y se está haciendo muy común entre los consumidores de cannabis:

“Siento que el instituto no me aporta nada, me aburro, odio el latín. No tengo la sensación de que me aporte nada. Aun la biología me mola algo, yo necesito que las asignaturas tengan sentido. Necesito aprender a estudiar. Si apruebo es porque tengo suerte, porque yo no estudio. Los profesores no me gustan, aunque pueda interesarme la asignatura, los profesores son unos nazis y unos imbéciles, así que faltó mucho a clase. Además cuando voy a clase me duermo, siempre tengo sueño” (consumidor de 18 años).

Buena parte de los consumidores son adolescentes, están en plena formación académica y social, y en ese proceso el consumo de cannabis les crea una relación negativa con el aprendizaje y les hace sentir apatía por el mundo externo.

“Yo he tardado en sacarme una carrera el doble de tiempo. Yo sabía que podía aprobar una carrera y fumar al mismo tiempo, que era lo que me gustaba. Si hubiera tenido que elegir entre una cosa u otra, a los veinte años, igual me hubiera quedado con los porros y hubiera dejado los estudios. A esa edad te engaña cualquiera” (consumidor varón de 35 años).

Aunque en los mensajes difundidos desde la cultura pro-cannabis suele haber una tendencia a defender la inocuidad de esta sustancia, en cualquier contexto de discusión medianamente serio, existe un consenso a la hora de reconocer algunos de los efectos negativos del cannabis: esa información puede encontrarse en los materiales de difusión, en el material preventivo, o incluso en páginas web defensoras del cannabis ²¹. El consumo que hacen los jóvenes está muy alejado del planteamiento idealista elaborado por las asociaciones pro-cannabis. El consumo inteligente y selecto es propio de élites y de individuos que tienen una buena capacidad de gestión de sus riesgos. Pero eso no ocurre con la mayoría de la población, y menos aún con los jóvenes o los adolescentes, que están en proceso de formación, madurando como individuos y sujetos sociales.

La adicción.

La adicción es otro efecto en discusión ante el cannabis. Al no haber un cuadro de abstinencia como el producido por los opiáceos, existe un amplio debate sobre el tema. En un estudio reciente (Calafat 2000), realizado entre 2.662 jóvenes europeos y 1.340 españoles entrevistados en sus zonas de diversión durante el fin de semana, resultó que un 13% admitían haber tenido problemas con la marihuana y afirmaban que, a pesar de ello, la seguían utilizando. También se aportaban otros datos, que sin aclarar la naturaleza de la dependencia, hacían pensar que el consumo de cannabis era un hábito arraigado y

²¹ Existen varias direcciones web donde puede encontrarse información sobre el cannabis. En algunas de ellas se presentan sus efectos. En Herer (1998) viene un listado de las direcciones web. En la página www.erowid.org puede encontrarse amplia información sobre los efectos positivos y negativos del cannabis.

difícil de abandonar para muchos jóvenes. A diferencia de otras sustancias, los síntomas por dejar de consumir cannabis pueden producirse a más largo plazo y en un formato menos reconocible (Lundqvist 1998). El testimonio de un consumidor lo explica:

“Te explico como funciona el mono de hachís: Para mí el segundo día de dejar de fumar te sientes más aliviado de cabeza, los otros tres o cuatro días restantes también. Por la noche cuesta un poco dormir, pero bueno. Después de una semana el cuerpo vuelve a pedir. Yo soy nervioso cuando no fumo y pienso más, por eso el fumar me sienta genial, me relaja. Cuando llevo una semana sin fumar el cuerpo me lo pide, tengo la mente demasiado clara. La primera vez que dejé de fumar a pelo me fui al monte sin llevarme nada, fueron cuarenta días y el último día tenía una pelota de ansiedad y aun me dolía la cabeza. Claro que fumaba unas cantidades...” (consumidor de 35 años)

La adicción causada por la marihuana forma parte del debate científico, a pesar de que hasta los propios consumidores la reconocen. En un interesante estudio realizado en Francia con una muestra de 1.087 consumidores de cannabis (considerándose como tales aquellos que hacían un consumo actual sin prejuzgar la frecuencia), reclutados por el sistema de ‘bola de nieve’, se recoge la enorme importancia de la dependencia dentro de ese colectivo. El 86% se ha considerado a sí mismo dependiente del tabaco, el 26% al cannabis, el 15% al alcohol y el 9% a la heroína. En lo que concierne a las dependencias actuales, el 89% cita el tabaco, el 23% el cannabis y el 9% el alcohol, habiendo desaparecido la heroína. Como vemos, a excepción del tabaco, ha existido una evolución mínima en lo que se refiere a la dependencia del cannabis, que ha pasado de un 26% a un 23% (Ingold y Toussirt, 1998).

El problema, sobre todo para los más jóvenes, está en que no es fácil reconocer la adicción ni admitirla si no está descrita ni legitimada. Para algunos, confesar que tienen problemas con el cannabis y buscar ayuda puede significar una traición a la causa, lo que también puede dificultarles el tomar conciencia y actuar. El siguiente testimonio es el de

un consumidor que conoce bien por experiencia los efectos de la dependencia.

“Llevo más de quince años haciendo consumo abusivo. El hachís engancha bastante, pero es una droga que la puedes dejar. Hay épocas en las que sólo fumo chocolate, sin tabaco; si algún día no fumo ya lo creo que se nota, doy vueltas en la cama, sudo como un cosaco, me entra una ansiedad que te cagas, pero es llevadera. Eres consciente de por qué pasa, te encuentras mal y notas que te falta algo, pero sabes por qué es” (consumidor de 30 años)

En definitiva, sí hay problemas ligados al consumo de cannabis. No es misión de este estudio debatir si los problemas producidos por el cannabis son menores que los del alcohol, o si justifican o no su prohibición. Pero sí creemos importante destacar que la falta de información veraz lleva a muchos adolescentes a no tener la menor percepción de riesgo respecto al consumo de cannabis; en un estudio nuestro anteriormente mencionado, el riesgo que percibían los jóvenes que salían de marcha en relación con el consumo habitual de cannabis era idéntico al del tabaco (Calafat, 1999), lo cual los hace proclives al consumo, tal como está ocurriendo en nuestro país donde la edad de inicio es cada vez más baja.

Cannabis, la droga de la tolerancia y de la diversidad.

En la construcción social de la cultura del cannabis se crea un cierto parentesco con el LSD y el éxtasis. Todas ellas son sustancias que forman parte de movimientos musicales y culturales, que se hayan vinculadas a situaciones íntimas de experiencia grupal, de transmisión de afecto, de búsqueda mística y de acto creador (Kokoref y Mignon 1994). La revista *Cáñamo* dedica un espacio importante a la música, en especial a aquellos grupos o estilos que tienen cierta relación con el cannabis. Ésta puede ser muy diversa: desde letras de canciones que defiendan abiertamente la causa de esta droga hasta posibles afinidades entre el estilo musical y la cultura del cannabis. El número 20 de la revista *Cáñamo* habla de todos y cada uno de los

intérpretes y líderes del festival SONAR celebrado en Barcelona, así como de su apoyo a la marihuana. En el festival se concentran los líderes musicales más actuales, alternativos y novedosos. La imagen que se transmite es la de un espacio en el que la diversidad cultural y racial se fusionan con la ayuda de un catalizador que se llama cannabis, y que da lugar a la aparición de nuevos estilos musicales y valores. Es difícil no ver en ello una nueva forma de apropiación folklórica, estética y cultural de grupos exóticos y del tercer mundo, siguiendo las mismas estrategias de siempre, separando los elementos culturales de la realidad de los pueblos donde se originan. Esa apropiación que se repite una vez más en la historia adopta la máscara de la solidaridad a través de la música.

En la construcción de la realidad se pueden crear vínculos abstractos muy elaborados y coherentes mientras no se decide contrastarlos con la realidad. Un ejemplo de esas construcciones es la pretendida asociación entre el flamenco y la música árabe con el cannabis. Esa asociación es defendida por la revista *Cáñamo* en un homenaje especial al flamenco, presentado como un estilo enraizado en el consumo de marihuana:

“aunque no son exactamente lo mismo, tanto en el flamenco como en la música árabe parece que está claro que el kif ayuda a reencontrarse con uno mismo y exacerba aquella sensación que Baudelaire definió como ‘spleen’, una jondura nostálgica, una especie de melancolía placentera, unas ganas de no hacer nada, una pereza creativa...” (*Cáñamo* 20:44)

La maniobra llega a su cenit cuando se describe cómo en la década de los setenta se dio una simbiosis entre unos cuantos hippies y unos cuantos gitanos de Triana, hermanados por su conexión con unos valores ancestrales, y que dio lugar a una eclosión artística:

De ese hermanamiento hippy-gitano, surgió la introducción en ambientes jóvenes y no tan jóvenes de la marihuana y de sus allegados. También surgió una música a caballo entre las

formas flamencas y las sonoridades del rock” (*Cáñamo* 20: 46)

Según la interpretación que se hace de la historia, los gitanos aportaron su arte y los hippies, la marihuana y el rock. Esa conexión idealista, en la que la marihuana era el nexo de unión intercultural, podría convertirse en un bonito cuento de hadas si no fuera porque su final resultó bastante menos idílico. En la actualidad, los jóvenes hippies de los años setenta forman parte de los grupos de poder: son profesionales, políticos o ejecutivos que, después de unos años de experimentación fuera de las normas dominantes en su grupo social, lucharon por ocupar posiciones cómodas tanto en la escala de poder como en la económica. Por el contrario, los gitanos siguen, en su mayoría, formando parte de la escala social más baja, continúan viviendo en condiciones paupérrimas, muchos de sus artistas han sido víctimas mortales de las drogas y sus valores ancestrales son aun considerados verdaderos lastres que les impiden adaptarse a la modernidad.

Al igual que ocurre con los gitanos en España, la apropiación por parte de los grupos dominantes de elementos culturales propios de otros grupos menos poderosos es una constante; mas ello no debe ser interpretado como un intercambio cultural sino como una apropiación (Bonfil Batalla 1987, Guzmán Bökler 1986). Las culturas africanas y americanas han sido fuente constante de inspiración en el arte y en la música europeos, pero ello poco o nada ha beneficiado a sus poblaciones. Sólo en ocasiones, una élite local se ha visto beneficiada. Los músicos famosos de jazz entre la población negra norteamericana son un ejemplo, pero resulta evidente que ello no ha repercutido en mejorar el estatus de la población negra en USA. Quizás por esa razón Louis Armstrong, “el rey de los fumetas”, necesitaba fumar, para poder tocar y olvidarse de quienes se aprovechaban de su arte²². Es una lectura de la realidad muy distinta a la que hace el artículo de *Cáñamo*

²² Así lo define en la publicación *Cáñamo*, especial 2000: 52 al utilizarlo como ejemplo de persona sabia y artista fumador de porros.

que presenta a Armstrong como otro ejemplo defensor de la causa.

Potenciador de la solidaridad.

Otro mito, otra etiqueta, en la promoción del cannabis es el convertirlo en nexo entre culturas y potenciador de la solidaridad. Como afirma un consumidor de 22 años, “lo mejor de fumar cannabis es compartir”; y eso que sin duda es cierto para buena parte de los consumidores (aunque no para su totalidad) trasciende en la defensa del cannabis como garantía de actitud solidaria a gran escala. Quizás se debería ser más cauto y responsable a la hora de promover esa clase de vínculos. Cuando Mendiluce, líder de la solidaridad, afirma en el prólogo de un libro que el cannabis es la droga de la tolerancia no hay duda de que está abusando del símbolo.²³

“Si he encontrado una constante lúdica, alrededor de la cual se socializa y comunica, se ríe, se hacen amigos, a pesar de las distintas lenguas y de las distancias sociales, en torno a una hoguera o una chimenea, caminando por la playa o sentados en una hamaca, ha sido la marihuana: antídoto de la intolerancia “

Mendiluce da una trascendencia al cannabis que no se corresponde con la realidad. Esta sustancia, por desgracia, no es la pipa de la paz ni la solución mágica al gran problema de la intolerancia. Los países árabes, donde la producción y el consumo de cannabis es alto, son ejemplos de hasta dónde puede llegar la intolerancia. Posiblemente, la marihuana ayuda a Mendiluce a soñar con un mundo mejor y más solidario, y lo cierto es que desconocemos en qué medida facilita sus actuaciones. Pero sí podemos afirmar que el consumo cotidiano que hacen tantos jóvenes en nuestro medio no está amparado en esos sueños solidarios. En todo caso, el compartir la china o un estado de ánimo puede crear vínculos y complicidades, de la misma forma que crea criterios de exclusión:

“Cuando estoy con mis amigos que sí fuman es perfecto. Hablamos de todo. Además es gente preparada, el uno tiene una librería, el otro es profesor... Si tienes que elegir entre dos, eliges a los que sí fuman. Los fumadores sí formamos un grupo más compacto. En un grupo donde hay de todo, ves que los fumadores hablan menos y por eso mismo meten menos la pata, no dicen tantas tonterías. A los que no fuman y beben se les va la lengua. Todo es más tranquilo entre gente fumada, por eso me gusta” (consumidor de 35 años).

La relación de vínculo y exclusión son dos efectos entre los que sí comparten. En la jerga cotidiana el cannabis ha logrado reafirmarse como una droga social que ayuda al individuo a exteriorizar sensaciones amistosas y cordiales. Por eso es considerada una sustancia positiva que ayuda a sentir emociones positivas de forma más intensa. Pero la etiqueta que incorpora Mendiluce al cannabis, “es un antídoto contra la intolerancia”; le viene grande. La apología de la tolerancia en la promoción del cannabis es un oportunismo que se ampara en una de las escenas más dramáticas del mundo actual, un problema que requiere soluciones muy complejas de ingeniería sociocultural, de herramientas que no son tan simplistas como fumar unos cuantos porros.

Defensa del consumo como derecho del individuo.

“Nosotros, los marihuaneros luchamos porque queremos fumar gratis y queremos fumar libremente” (consumidor de 30 años)

“El argumento es muy sencillo: nos apetece consumir cannabis y es nuestro problema el hacerlo o no, en tanto que personas adultas y ciudadanos con derechos. Creemos que tenemos todo el derecho del mundo a decidir, conociendo las consecuencias positivas y negativas de nuestra conducta. Eso es lo que no nos dejan. (Miembro de una asociación)

Ésa es una afirmación ética que parece, de entrada, difícilmente rebatible. “Que cada adulto haga lo que quiera sin imponer nada a nadie; que las autoridades sanitarias infor-

²³ El párrafo está extraído del prólogo al libro de Grinspoon y Bakalar (1997) *Marihuana, la medicina prohibida*.

men objetivamente y sin coacción y que el acceso al cannabis se regule del mismo modo que el alcohol y el tabaco" (*Cáñamo* 20: 23). Este argumento liberal, que surge de los postulados teóricos de autores como Thomas Szasz, es propio de una sociedad utópica gobernada por el liberalismo extremo, que sienta como premisa que el individuo es el único responsable de su conducta, de su vida y de su salud. En ese tipo de sociedad, las formas colectivas de protección y de solución de las necesidades deberían ser mínimas, dado que cualquier entidad que proteja también ejerce control. Según Szasz, el Estado debería permitir prácticas como el consumo de drogas o la tenencia de armas, siendo responsabilidad de cada uno su acción y financiación, tanto del hecho en sí como de las consecuencias: "las personas deben crecer y aprender a protegerse a sí mismas, o sufrir las consecuencias" (Szasz 1980: 222). Creemos que el tipo de sociedad que defienden Szasz o los liberales no ha sido comprendida en profundidad por la mayoría de los defensores del cannabis que adoptan esos planteamientos. En ese tipo de sociedad, el individuo es la medida de todas las cosas y el Estado apenas interviene en las decisiones que toma. Pero se trata de un Estado incompatible con las políticas de salud pública promovidas por el estado del bienestar, tan característico de los países europeos. Es un Estado que permite la tenencia de armas, puesto que la autodefensa es un derecho inalienable del individuo. Es un Estado donde cada individuo debe solucionar todas y cada una de sus necesidades: educación, salud o atención en la vejez. Y como ya sabemos por experiencia histórica, en ese tipo de Estado el dinero y el poder es el que ofrece la posibilidad de comprar las soluciones. Esa doctrina liberal es característica de la derecha más radical en países como Estados Unidos (Howell 1998) y también en Europa, lo que hace difícilmente comprensible que grupos de izquierda se apropien de elementos típicos de un pensamiento ultra liberal.

Si se toma como contexto la sociedad española actual, no resulta fácil imaginar las

repercusiones de esa política. En España se considera un importante logro social que el Estado asuma la protección de sus ciudadanos en algunas cuestiones como la salud, mediante un sistema público gratuito y otras regulaciones. Desde ese punto de vista, la salud es un bien colectivo, lo que permite al Estado regular el consumo de tabaco en lugares públicos o prohibir la venta de tabaco y alcohol a menores. Es lógico pensar, pues, que las cuestiones relacionadas con la salud, sin dejar a un lado al individuo, deberían someterse a un consenso colectivo, ya que se trata de un bien común que, además, se subvenciona con dinero público.

La premisa de que "cada ciudadano adulto haga lo que quiera" niega la esencia del hombre como especie social y daría lugar a un retroceso importante en políticas sociales. La responsabilidad individual como argumento ante la toma de decisiones tiene como contrapartida la búsqueda también individual de las soluciones a los problemas. En este sentido las drogas son sustancias con efectos sobre la salud, en el amplio margen en el que la OMS la define, con dimensiones físicas, psíquicas y sociales. Por ese motivo, la sociedad delega en el Estado y en sus expertos la decisión de legitimar, definir y regular el uso que debe hacerse de dichas sustancias. La legalidad de las drogas requiere un debate colectivo en el que se midan verdaderamente todas sus consecuencias. Si de forma colectiva se apuesta por la legalización, hemos de asumir que la sociedad deberá hacer frente a los problemas que de ello devengan. Lo contrario es un disparate, un retroceso en los derechos de la mayoría y un paso adelante hacia un individualismo darwinista o willsoniano.

Consumo de cannabis como acción política.

"Durante los últimos diez años han tenido lugar cambios revolucionarios en los valores morales de la juventud. El materialismo vacío de los años 50 y el idealismo liberal de los 60 han sido arrinconados por una reevaluación pragmática del estilo de vida y de la estructura política. Esto resulta en gran parte debido al extenso uso de las

hierbas y las drogas psicoactivas que aparecieron en 1967. (...) La marihuana, la más popular de las hiervas psicoactivas, ha ayudado a miles de personas a comprenderse mejor. Es precisamente por esta razón que los gobiernos de todas partes del mundo la consideran una droga peligrosa. ¿Cómo se puede gobernar a un pueblo si éste se da cuenta de las hipocresías e intereses de las acciones de sus líderes?...." (Ed Rosenthal 1978)²⁴

El carácter revolucionario y transformador que los activistas otorgan a la marihuana queda bien dibujado en la cita previa de Rosenthal, otro de los profetas del movimiento. El argumento clave es que la marihuana ayuda a la población a comprenderse mejor por lo que resulta un peligro para el poder. Rosenthal se apropia del mito bíblico de la Torre de Babel para cooptarlo a su causa. Los pueblos del mundo se unieron para construir la Torre de Babel y alcanzar el cielo. Esa unión fue posible gracias a que todos los pueblos hablaban una sola lengua. Por esa osadía Dios castiga a los humanos a estar divididos y a hablar diferentes lenguas. Rosenthal presenta la marihuana como la nueva vía de comunicación que puede unir a la humanidad y alcanzar el cielo, pero de nuevo los gobiernos (representantes terrenales de Dios) no pueden permitir tal osadía a su poder. El lenguaje mitológico es muy didáctico y por ello atractivo, pero sabemos que los mitos no reflejan la realidad sino que la interpretan y como siempre ocurre son interpretaciones interesadas, encaminada hacia algún fin. El mito de la torre de Babel es una forma de legitimar la omnipotencia divina y su capacidad de castigar a la humanidad. Sin embargo, la ciencia tiene muchas otras formas de explicar la diferenciación lingüística y cultural de los seres humanos, así como de interpretar ese hecho como una de las riquezas de la humanidad. El mito de Rosenthal tampoco es un reflejo de la realidad puesto que ni los jóvenes de los años setenta han mejorado el mundo, ni los pueblos se comprenden mejor,

ni los gobiernos temen que eso ocurra. Sin embargo, el mito es bonito, idílico y atractivo como una de esas imágenes de marketing para vender mejor.

El papel del cannabis en el terreno político se fundamentan en tres premisas a considerar: 1. El cannabis se presenta como una sustancia-víctima de fuerzas malignas que dominan nuestra sociedad. 2. La población no piensa, se deja engañar y está dominada por los valores que imponen las mafias y otros poderes fácticos, y 3. Consumiendo cannabis se lucha contra la injusticia, la hipocresía social, las prohibiciones contraproducentes, las mafias y la corrupción. Con ese discurso se potencia, en primer lugar, la construcción del cannabis como sustancia perseguida injustamente debido a los intereses de las mafias. La corrupción imperante en las instituciones crea de nuevo un discurso victimista que se aleja del núcleo del problema señalando enemigos externos. Es así como los defensores de la causa pro-cannabis explican el mantenimiento de la prohibición:

"El problema que se ha generado alrededor de las drogas es debido a que hay intereses económicos gigantescos, hay gente que recibe dinero del mercado negro, hay una enorme corrupción institucional, hay intereses militares geoestratégicos unidos al tema de las drogas, es una fuente de ingresos sin justificar para operaciones como pagar confidentes y esas cosas, es una moneda de cambio muy buena." (miembro de una asociación).

Sin embargo, en esa visión hay un olvido significativo: quienes alimentan las mafias son también los compradores de hachís ¿Por qué a ellos se les libera de responsabilidad en la cadena del narcotráfico, se les exculpa y convierte en víctimas? Por otro lado, el hecho de que la mayoría de la población continúe oponiéndose a la legalización es interpretado como un fenómeno de manipulación política y mediática ²⁵. Según los defensores del can-

²⁴ Este párrafo está extraído del prólogo con que Rosenthal presenta su Manual para el cultivo de Marihuana. Rosenthal junto con Jack Herer han sido reconocidos líderes en el activismo a favor de la legalización de la marihuana.

²⁵ Si nos atenemos a las encuestas oficiales que existen hasta el momento, sólo el 25,9% de los españoles entre 15 y 65 años dan su apoyo a la legalización del hachís y de la marihuana (PNSD 1998: 28). Ello indica que la mayoría de la población es contraria a que estas sustancias se inserten en nuestra sociedad en condiciones de legalidad, tal como ocurre con el alcohol y con el tabaco.

nabis, muchas personas son favorables a la prohibición debido a la carencia de conocimientos "reales" sobre sus propiedades y efectos, y a la insistente publicidad negativa y engañosa creada por los detractores sobre esa sustancia, de esa sustancia; dicen así:

"...siendo objeto de satanización por parte de una opinión pública tergiversada, mediatizada y burlada por unos medios de comunicación que, lejos de haber digerido la caída de históricos muros, siguen necesitando enemigos, reales o imaginarios, sobre los que volcar tinteros."²⁶

Sin embargo, no se consideran como 'publicidad negativa y engañosa' los importantes artilugios que actualmente moviliza la cultura pro-cannabis. En nuestros días, la prensa de más audiencia, representantes del panorama musical juvenil, además de las revistas que han nacido expresamente con este objetivo, defienden abiertamente la legalización del cannabis, empleando con frecuencia estrategias y argumentos poco o nada éticos. El discurso pro-cannabis se mantiene dentro de las claves de la demagogia, utilizan discursos manipuladores e interesados, tanto como lo han hecho los detractores del cannabis. Por ello, defender el cannabis viene a significar mantenerse en la misma órbita del sistema de control. Una de las canciones más conocidas del grupo Ska-p lleva por título "Cannabis", y es uno de esos temas que provocan el entusiasmo del público con mensajes oportunistas sobre la realidad social y los problemas que viven los jóvenes.

"Ver un concierto de SKA-P significa, también, estar escuchando que la policía te maltrata en una mani, que el curro está chungo... Pero lo estás escuchando con música, de buen rollo con los amigos, estás en una fiesta. Eso sí, sales de allí pensando: ¡Joder, qué razón tiene esta letra!" (así define el grupo musical madrileño SKA-P el efecto de su letra entre sus seguidores, *Cáñamo* 7: 32)

Como ya se ha mencionado, la discusión ante el estatus social y legal del cannabis

está creando dos frentes: todos aquellos que forman parte del movimiento pro-cannabis consideran que el consumo de cannabis -o de cualquier otra droga- debe ser una acción libre y de responsabilidad individual; en el bando contrario se alinean los que creen que su venta debe estar prohibida. Los que están en el espacio pro-liberalización se consideran a sí mismos como un grupo marginal que padece una cierta persecución:

"...Vivimos tiempos de control y sospecha en que el cannabis es una de tantas víctimas de este mal que nos corroe. Se prohibió -y sigue prohibido- por razones que apenas tienen que ver con la planta en sí, sino con el control sobre ciertos sectores de la sociedad que la usan"²⁷

Esa división maniquea del mundo entre buenos y malos no es obra exclusiva de los defensores del cannabis, sino parte integrada de los discursos proselitistas y demagógicos utilizados por muchos sectores. Lo sorprendente o, al menos, cuestionable es que los defensores del cannabis que se presentan como críticos al sistema utilicen idénticas estrategia para los mismos propósitos. Así, fortalecen la idea ya presentada de que las acciones a favor del cannabis van a mejorar el mundo y a curarle de sus graves problemas. Para ello, tal como se ha visto con anterioridad, se recurre a una serie de manidos slogans publicitarios, como el del dicho rastafari de que el cannabis es "la salud de las naciones" o el eslogan de "¡necesitamos cultivar cáñamo para limpiar y salvar el mundo!" (de la casa de Cibercáñamo), y otras afirmaciones afines.

La imagen maléfica y asesina del cannabis de hace una década ha sido prácticamente sustituida en la mente de los jóvenes actuales por otra en la que el cannabis es beneficioso para los instintos, refuerza las relaciones, es eficaz como medicamento y una forma de lucha política contra el Estado controlador. Los jóvenes reciben mensajes positivos de esta sustancia, ya sea por transmi-

²⁶ Ese comentario está extraído del primer párrafo de un folleto de presentación de ARSEC, una de las asociaciones más activas a favor de la legalización del cannabis.

²⁷ Segundo párrafo de la Declaración de Principios de *Cáñamo*, la revista de la cultura del cannabis.

sión oral dentro de su contexto o por lo que les llega a través de las campañas pro-cannabis. El cannabis está dejando de ser hoy un fetiche del mal para convertirse en un fetiche del bien. Ello conduce al alejamiento de los parámetros de protección y a la no prevención de las situaciones de riesgo. La nueva definición social del cannabis da lugar a comentarios tan ingenuos como el siguiente:

“Los porros son la única droga que me hace sentir bien, la que más se acerca a ti; si eres un trozo de pan, aún lo eres más, no aumenta tu ego, sólo intensifica tus cualidades” (consumidor de 24 años)

Creemos firmemente que la legalización o no del cannabis es una decisión que deben tomar los ciudadanos, a la vista de sus propias creencias y de los datos aportados de distinta índole por los técnicos. No obstante, es competencia de estos últimos alertar sobre las influencias que tiene en el consumo, especialmente entre los más jóvenes, así como insistir en la baja percepción de riesgo que en la actualidad se asocia al consumo de esta sustancia, a lo que seguramente contribuyen estas polémicas siempre que no exista un elemento corrector educativo. Parece lógico pensar que si se crea un clima favorable al consumo del cannabis, el consumo de esta sustancia aumente al igual que ha ocurrido con el tabaco en décadas anteriores. Y viceversa, si se quiere de alguna forma contener el ascenso que ha experimentado el consumo de cannabis durante la última década habría que pensar en fórmulas que cambien esta percepción positiva del fenómeno y que actúen sobre el ambiente de tolerancia social. Según lo que se crea o desee, se puede hacer presión en uno u otro sentido, y justamente ése parece ser uno de los objetivos de la cultura pro-cannabis.

En la oposición estarían, por ejemplo, la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE) o el 'International Narcotic Control Board', grupos encargados de redactar documentos para las Naciones Unidas. En un informe (www.undcp.org.at/incb/) de este último grupo de trabajo, se advierte que la prevención de las drogas se está volviendo

una tarea cada vez más difícil, debido en parte a la rápida y creciente expansión de mensajes en el ambiente que promueve el uso de estas sustancias. Advierte que el artículo 3 del Convenio de las Naciones Unidas de 1988 hace referencia a la “incitación pública o inducción a otros por cualquier medio... a la utilización ilícita de drogas”; solicitando a los partidos políticos que luchen por conseguir que dicha conducta sea considerada criminal bajo sus leyes nacionales. Asimismo, señala que incluso candidatos al parlamento europeo defienden la legalización de las drogas, mencionando otras líneas estratégicas empleadas en la defensa del cannabis. Concluye diciendo que “estas campañas políticas deben ser contrastadas con argumentos racionales y con un lenguaje sin ambigüedades que evidencie los múltiples problemas que pueden surgir de la descriminalización y legalización de las drogas”. Contra este tipo de afirmaciones se alza lógicamente el colectivo pro-cannabis. En la revista Cáñamo (20) aparece un artículo titulado “Los guardianes de la prohibición” que repasa la biografía de cinco miembros de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE). El delito que han cometido estos individuos es pertenecer al ámbito policial o al ejército, pertenecer a países de mala reputación y colaborar o haberse formado en alguna organización estadounidense. Tal como se indica en el texto en mayúsculas: “Ninguno de sus miembros proviene de ámbitos técnicos o académicos fuera de las fuerzas políticas”. *El País* (10 marzo 1998) también reacciona contra este informe en un artículo “La ONU desafina”, utilizando información de los grupos rockeros españoles cuyas letras son defensoras del uso de drogas.

Todos esos argumentos reproducen estereotipos devaluadores que tienen que ver con el país o la profesión de pertenencia. Seguir viendo a la policía como “los malos” y a los técnicos-científicos como los “buenos” no sólo es absurdo sino irreal. En nuestros países no existe en la actualidad una frontera nítida que divida esas dos, digamos, formas de actuar en la sociedad. La policía también está

formada por técnicos y científicos, que junto con profesionales de otros ámbitos (juristas, sanitarios, académicos, ...) actúan en mantener y reproducir el control del Estado sobre la población, tanto y más eficazmente de lo que lo hace los agentes de policía. Pero lo más importante es que la policía y el ejército de un país democrático responde a órdenes de quienes ostenta cargos políticos, quienes suelen ser profesionales que nada tienen que ver con la institución militar. Todo ello muestra que ese discurso en que se empareja lo policial con la represión, aislando la responsabilidad del contexto político y social es simplista, demagógico, interesado y obsoleto.

Sería necesario revisar cada una de esas premisas en el discurso pro-cannabis, si el objetivo es un diálogo constructivo libre de demagogia. Ni existen fuerzas malignas, ni la población es tan estúpida, ni fumando porros se arreglan los graves problemas de nuestro mundo. Es cierto que existen grupos de interés que presionan, pero existen en los dos bandos; es cierto que la población es influenciable, pero también es capaz de pensar, evaluar y tomar decisiones; además, hay un dato fundamental que no debemos olvidar: tanto los consumidores de cannabis como los traficantes participan y alimentan las mafias y la corrupción. La criminalidad no sólo existe porque hay prohibición, existe sobre todo por que hay consumo y ese se hace a cualquier precio.

El potencial del movimiento pro-cáñamo entre los jóvenes está empezando a ser cooptado por algunos partidos políticos que hasta hace muy poco estaban alejados de esa causa. El partido radical italiano es un ejemplo, cuyos líderes a menudo han hecho campaña directamente a favor de la legalización del cannabis. El vínculo con los partidos verdes o ecologistas resulta hasta cierto punto lógico por ese espacio de solapamiento creado por el etiquetaje del cannabis como sustancia natural y como parte de la defensa del cáñamo. En los partidos de izquierda parece

cobrar cada vez mayor fuerza ese discurso en el que la prohibición es parte de las estrategias de las multinacionales o de las mafias, de la corrupción y de los intereses económicos capitalistas. También se crean vínculos con otras organizaciones sociales por ese etiquetaje de solidaridad con el tercer mundo; y lo mismo ocurre con determinados grupos nacionalistas, debido a la posición antisistema y antiestado que se desprende del discurso liberalista para legitimar la responsabilidad individual ante el consumo de drogas y para criticar el control que ejerce el Estado sobre los individuos. Todos esos nexos crean un entramado de redes de solidaridad que fortalece la defensa del cannabis, aunque, al mismo tiempo, la banaliza y corrompe.

La dimensión religiosa del cannabis.

En una sociedad moderna eminentemente materialista, en la que los valores éticos son poco sólidos y en la que el catolicismo oficial ha perdido gran parte de su influencia, existe un caldo de cultivo inmejorable para la búsqueda y el encuentro de nuevas dimensiones espirituales y de nuevos dioses. Esa situación anómica, ese vacío espiritual, es resuelto por cada individuo de forma diferente, pero no cabe duda que ocupan un lugar importante en esta solución cuestiones como el deporte, y en especial entre nosotros el fútbol, el nacionalismo, el esoterismo y las religiones lejanas. Dentro de esa misma dinámica también debemos considerar las drogas, pues sin duda resultan un camino fácil para numerosas personas a la hora de buscar una solución tanto a situaciones internas como externas. Algunos han querido plantear ese camino en positivo. Para ellos, tomar drogas no es alienarse ni buscar caminos artificiales, sino que, dando la vuelta al asunto, plantean justamente la necesidad de utilizar drogas para encontrar lo que anhelan. Así, pasan a hablar de drogas *enteógenas*²⁸, psicodélicas, psicotrópicas... Se trata de plantas y de hon-

²⁸ Para ser exactos, el término enteógeno se utiliza para definir un tipo de sustancias con ciertos poderes. El término lo proponen Hofmann, Ott y Ruck en 1976 para referirse a plantas que "despiertan a dios dentro de uno". Así lo explica Fericglá, como precursor de este tipo de movimiento en España (Cáñamo 2000: 110).

gos que pueden transformar el estado de la consciencia. Son sustancias como el peyote, la ayahuasca, el beleño, algunos hongos, o sustancias de laboratorio como el LSD. Todas ellas se han convertido en aliadas de nuevos grupos en la búsqueda de verdades cósmicas, de nuevas formas de conocimiento. La marihuana forma parte de esa familia, aunque sea considerada la más humilde por su débil poder psicotrópico.

Ingold y Toussirt (1998) atribuyen el descubrimiento de la experiencia alucinógena por parte de jóvenes europeos y norteamericanos al LSD, que se vinculó a un movimiento cultural hippie y pop, en el que el viaje (trip) interior era un ingrediente importante. La forma en que algunos pueblos primitivos utilizaban esas plantas en sus rituales ha reforzado el misticismo y el componente mágico que las rodea. Los antropólogos estudiosos de las religiones y, en especial, la obra de Carlos Castaneda han despertado un enorme entusiasmo en la búsqueda de esas dimensiones espirituales que algunos sabios como "Don Juan" eran capaces de alcanzar. De igual modo que para algunos funciona el ideal de ser rico, de tener mucho dinero, de poder consumir y poseer cosas, para otros, encontrar sentido a la existencia más allá de lo material es una búsqueda muy perseguida y codiciada. Nos encontramos ante deseos y necesidades profundas, fácilmente manipulables por personas o grupos. La fusión de esos dos intereses puede dar lugar a nuevas formas de poder y a espacios lucrativos.

La posesión de las sustancias totémicas que fomentan la dimensión espiritual es un potente instrumento de control que puede ampliar (y de hecho ya lo está haciendo) nuevos espacios profesionales. De momento dentro de las medicinas alternativas, de la psicología y de la antropología, disciplinas donde se promueve el uso de sustancias

enteógenas como terapia. Ya existe un grupo de 'psiconautas'²⁹, expertos en 'excursiones psíquicas', que reclaman esas sustancias como una forma de sobrevivir en una sociedad que en muchos aspectos les repele. Aparecen nuevos términos que se alejan de conceptos tradicionales como el de religión, creencia o fe. Eufemismos como "terapia transpersonal"; 'excursión psíquica' 'sustancias enteógenas' 'psiquedelia', 'psiconautas', etc... son la muestra de una nueva dimensión en la que se está legitimando una religión desconocida hasta ahora, una forma de chamanismo que incorpora el consumo de drogas. Dentro de esa nueva faceta de estética 'new age' se busca, además, una dimensión avalada por el interés académico y científico de sus actores, así como el vínculo con otros campos profesionales ya consolidados, como el de las medicinas alternativas. Ello queda reflejado en unas cuantas publicaciones de reciente aparición.³⁰

"Hay drogas que atontan y otras que espabilan, que te abren los ojos, y cuando lo haces ya es para siempre, ves la realidad de otra manera, te preguntas qué hay fuera de ti y qué hay dentro. Hay técnicas antiguas como el yoga o la meditación trascendental que son una forma de introspección; ahora tenemos estas herramientas a las que llamamos drogas, y que en una sociedad ideal serían herramientas para el autoconocimiento y de cohesión social. Si todo un grupo lo practica en colectivo y lo hace bien, da fuerza al grupo. Es el caso de los jíbaros con la ayahuasca, allí en la selva; ante los peligros de diseminación del grupo, lo que les da fuerza y unidad es el ritual colectivo con la ayahuasca desde que son niños hasta que son ancianos. Los jíbaros incluso creen que el mundo de los sueños provocados por la ayahuasca es la realidad y cuando están en este mundo es una pesadilla. Ellos buscan en su realidad que se cumpla el futuro, poder cuidar a los enfermos, solucionar los problemas y así son felices" (representante de una asociación)

²⁹ Existen muchos neologismos relacionados con los efectos y usos de las drogas, lo que es un indicativo más de la rapidez con que se está creando esa cultura y su popularidad. El término psiconauta parece proceder de Jünger.

³⁰ La publicación *Ulises*, revista de viajes interiores, es un ejemplo. En ella hay un artículo de M. Solé (1999) que relaciona la función de las sustancias enteógenas con la terapia. Otro ejemplo son las Jornadas Internacionales sobre Enteógenos que se celebra en Barcelona, organizadas por la Sociedad de Etnopsicología Aplicada, y que han alcanzado ya la IV edición; en ellas participan profesionales de distintas disciplinas, especialmente antropólogos, psicólogos y psiquiatras, además de músicos, pintores y expertos en el mundo del arte.

Las drogas enteógenas son presentadas como sustancias que permiten alcanzar la sabiduría y la felicidad robadas por una sociedad materialista y consumista orientada hacia la competencia. La cultura pro-cannabis también asume que la marihuana es una sustancia redentora que ayuda a recuperar la tradición soñada, un pasado idílico con el cual construir el presente

“No se trata tanto de una religión porque sabemos que dios es una proyección de nuestra espiritualidad y desde Nietzsche sabemos que dios no existe, somos nosotros y lo que andamos buscando. La religión es provocada, nosotros lo que hacemos es quitar la careta a la Iglesia porque ellos lo que dan es un placebo, la hostia consagrada no coloca, pero en origen, en ese ritual, sí que se daba algo que colocaba, y eso es lo que se perdió. Cada cultura tenía un ritual, una liturgia, con un sacramento enteógeno. Cuando intervino la Iglesia cambió el sacramento auténtico por un placebo que es un acto de fe, y ya no funciona nada. La hostia consagrada sustituye a un enteógeno que sí colocaba” (representante de una asociación)

En esa promoción de las sustancias enteógenas, entre las que sitúan al cannabis, volvemos a encontrar la misma maniobra de apropiación de los valores de otras culturas, hay de nuevo un uso, en provecho propio, de sustancias ajenas. Al igual que ocurre con la música, con la artesanía o con la indumentaria, se incorporan las sustancias mágicas vinculadas a la religión. El peyote, la ayahuasca, etc... poseen un significado ritual y religioso para los pueblos indígenas de otros continentes que tiene que ver con el conjunto de su cultura, de sus creencias y de sus relaciones sociales; alejados de ese contexto, pierden ese significado y adquieren otro muy distinto. ¿Acaso los miles de jóvenes que un fin de semana toman LSD, psilocibina o cannabis intentan un proceso de búsqueda interna? ¿No estaremos más bien ante una sustancia más de consumo que permite alucinar como una forma de diversión? Cuando desde la cultura actual del cannabis se habla de aumentar el conocimiento interno a través de las drogas, ¿están pensando en los miles de jóvenes que utilizan drogas los fines de semana o

tienen en mente una visión idealizada de ciertas culturas indígenas que utilizan sustancias de forma puntual dentro de rituales muy definidos? De nuevo hay que plantearse esta cuestión como una forma diferente de apropiación de las riquezas de otras culturas, en este caso de sus sustancias sagradas, creyendo que así nos adueñamos de valores trascendentes mucho más complejos. Entretanto, los pueblos que han dado un significado social y ritual al peyote o a la ayahuasca se mantienen alejados de nuestro interés solidario real.

Yo también me pregunto por qué ahora se fuma más cannabis, intento analizarlo y aunque parezca chorra creo que ahora están resurgiendo cosas, la música, la moda, los gays. Yo creo que hay tal falta de futuro que se crea una necesidad de vivir lo que hay ahora porque no sabes lo que te viene encima. La política está caduca y solo queda lo creativo, el arte. (...) Hay un resurgir con el tema ese de la nueva era (new age), lo del 2000, cosas alternativas que van contra la religión. La religión no convence, la política no convence, de repente eso del chamanismo es un nuevo camino que viene desde Castaneda pero que se ha renovado. Para ellos no hay ni bien ni mal. A mí me sirvió de mucho. Es como una renovación, porque occidente se ha quedado caduco. (consumidor de 30 años)

Debe valorarse positivamente la búsqueda honesta de nuevas dimensiones personales, así como los esfuerzos por explorar otras culturas y analizar la sabiduría que contienen, pero ¿es lícito incluir el cannabis dentro de ese esfuerzo transcultural? El hecho de que algunas personas piensen que esta sustancia les ayuda en el viaje interno, al igual que ocurre con otras drogas en otras culturas, no debería impedirles ver el modo alienante en que los jóvenes utilizan normalmente el cannabis dentro de su policonsumo de fin de semana. Negarse a ver así las cosas, meter todas las formas de consumo dentro del mismo saco -o al menos no denunciar explícitamente el uso alienante y consumista que se hace normalmente de esta droga- y querer dotar *urbis et orbi* a la marihuana de un papel cultural transcendental como sustancia ente-

ógena, no es sino el reflejo, en nuestra opinión, de una manipulación interesada.

Conclusiones y discusión.

La reciente divulgación mediática y propagandística del cannabis tiene un marcado acento liberalizador y está ganando aliados y simpatizantes en todos los ámbitos sociales, especialmente entre los jóvenes y los colectivos profesionales, que se encargan de abrir nuevos espacios. El discurso legitimador del consumo de cannabis va acompañado de un discurso global sobre la sociedad. Hay una reelaboración del pasado, del presente y del futuro, configurados para explicar los efectos positivos del cannabis, las razones perversas por las que se ha prohibido y la utopía de una sociedad en la que el consumo de cannabis sería lícito. En esa sociedad utópica, cada individuo decide su propia suerte, la ecología es un producto más del mercado, la salud y el bienestar es alcanzable gracias al uso de la tecnología, la medicación y las drogas. En la utopía, las drogas son un medicamento más que controla el estado de ánimo y la conciencia, y acerca al individuo al Dios de la felicidad. El movimiento en el que se elabora la cultura del cannabis está creando una especie de doctrina que cada vez tiene más seguidores, y está en vías de convertirse en un importante fenómeno con capacidad de redefinir el discurso del papel social de las drogas.

En las últimas décadas en España, el consumo de cannabis ha estado asociado a grupos contraculturales, alternativos y contestatarios, enfrentados a los valores de una sociedad tradicional y conservadora. Esos grupos etiquetados en su momento como hippies, bohemios, ecologistas, progres, tribus urbanas, etc... nacieron y actuaron hace más de dos décadas y han terminado convirtiéndose en líderes y mitos de muchos jóvenes actuales. Algunos de esos integrantes de la contracultura de hace veinte años ocupan ahora posiciones influyentes en la estructura de nuestra sociedad, son profesionales y hacen cuanto está en sus manos por lograr que sus ideales formen parte de los valores dominantes, como sordominantes; de ahí

surgen algunas de las propuestas del ecologismo, del mundo de la estética y del arte, de la política social y también de las drogas. Puede decirse que esos adultos han vuelto a poner de moda la contracultura, logrando abrir un amplio mercado de productos alternativos.

Ese vínculo del cannabis con una contracultura fabricada, integrada en el mercado y en el espacio social dominante es, posiblemente, lo que le permite ser una sustancia bastante tolerada y aceptada en la sociedad, a pesar, insistimos, de su ilegalidad. Cabe pensar que tanto la tolerancia social como la legitimación que se está dando a su uso han hecho disminuir la percepción del riesgo asociado a su consumo, lo cual explicaría, en parte, el hecho de que éste aumente sin cesar, y de que se haya convertido en símbolo de juventud y sana rebeldía para una élite adulta que lo ha transformado en una sustancia muy apetecible y llena de prestigio entre los jóvenes. El cannabis está cargado de elementos simbólicos que crean en el imaginario del consumidor la ilusión de que fumando porros se convierte en un agente de cambio social, en alguien con una actitud alternativa que actúa a favor de una sociedad más justa. Se trata de un fenómeno similar al ocurrido en la transición con el consumo de tabaco entre la población femenina joven.

En la construcción de un nuevo imaginario sobre el cannabis participan distintos actores sociales, la mayoría de ellos vinculados a las asociaciones como centro neurálgico. En las asociaciones es donde se elaboran el discurso, los mensajes y las acciones de presión. Se trata de grupos constituidos alrededor de organizaciones nacionales e internacionales en las que colaboran profesionales y expertos. El movimiento asociativo pro-cannabis ha pasado de ser muy minoritario y marginal en los primeros años de los 90 a convertirse en un colectivo con una importante presencia social. Ello ha ocurrido en muy pocos años, lo que demuestra hasta qué punto la defensa del cannabis convoca y hace participar a una parte significativa de la sociedad, significativa no sólo por la cantidad de gente que moviliza

sino también por la importancia de la posición social que ocupan sus seguidores, como profesionales y políticos. No debemos olvidar que los colectivos profesionales son muy poderosos en la sociedad española actual (Rodríguez 1999), y son ellos quienes hacen adquirir a la defensa del cannabis un potencial social y cultural que permite su crecimiento y abre nuevos espacios tanto en el mercado como en el campo profesional. Al presentar los intereses existentes y los colectivos que persiguen la legitimación del cannabis hemos tratado de mostrar la dinámica que lleva a la hipótesis central de este análisis: la cultura del cannabis está en vías de ocupar una posición dominante en el sistema de valores de la sociedad española.

La nueva representación social del cannabis le otorga propiedades casi milagrosas. El cannabis es presentado como una droga segura, con efectos positivos tanto para el individuo como para la sociedad, sin hacer nunca referencia a problemas que han sido en mayor o menor medida demostrados. Con esta sustancia se recupera una tradición perdida -y muy valiosa- de relación con la naturaleza, de ritual y de alimento del espíritu; ella nos permite contribuir a la solución de los problemas ecológicos, mejorar las relaciones interculturales entre los pueblos de la tierra, terminar con los problemas del narcotráfico, de la corrupción y de las mafias. Sin embargo, la mejor etiqueta que se ha colocado al cannabis es su cualidad de sustancia enteógena, propiedad que permite la recuperación de un nuevo dios adaptado a los valores laicos, un dios de la felicidad que, además de aportar sabiduría, hace que sus creyentes se sientan parte del cosmos.

El nuevo discurso sobre el cannabis está creando una especie de doctrina que se transmite a través de publicaciones, revistas, internet, charlas dentro y fuera de las asociaciones. Como toda doctrina tiene un símbolo, la hoja de marihuana, que sirve de etiqueta a numerosos productos que se venden en el mercado. Ello supone una banalización del producto, pero también un incremento de simpatizantes. Asimismo, como toda doctrina

tiene sus profetas y sus sacerdotes, hombres con apariencia de sabios que predicán la verdad con un marcado espíritu misionero, como si trataran de salvar a la humanidad. Por todo ello, consumir cannabis significa mucho más que consumir una simple sustancia psicoactiva para aquellos colectivos que actúan en su defensa: es ante todo una acción política. El cannabis está vinculado simbólicamente a discursos, reivindicaciones y valores que giran en torno a la organización social, a las relaciones de poder, a los valores éticos; su consumo, especialmente, puede estar ligado a una añoranza, a una búsqueda de comunicación y de sociabilidad que parecen difíciles de alcanzar en una sociedad como la española en los albores del siglo XXI.

La defensa del cannabis cobra cada vez mayor fuerza debido a la capacidad de sus activistas de elaborar una utopía, lo que no hace sino reflejar una de las grandes carencias y debilidades de nuestra sociedad: la necesidad de utopías, de proyectos de futuro, de ilusión y de nuevos caminos para arreglar el mundo. En la utopía de la marihuana aparecen algunos de los principales puntos débiles que preocupan a la sociedad: el ecologismo, la interculturalidad, la corrupción política, la relación entre el individuo y el Estado, la justicia, la salud, la espiritualidad, etc... Todos ellos son problemas o carencias reales que afectan la vida cotidiana, y respecto a los cuales es necesario elaborar criterios. Los defensores del cannabis hacen una gran labor social al sacarlos a la luz y analizarlos, pero eso se pervierte cuando el discurso se banaliza y presenta como solución mágica plantar marihuana, consumirla y colocarse.

En otra dimensión están los consumidores. Se trata de un grupo muy heterogéneo y disperso, cuyo consumo responde a razones muy diferentes, siendo las más frecuentes las puramente recreativas, dentro de un policonsumo de otras drogas. Pero la cultura del cannabis parece que no presta atención a realidad de jóvenes que se emborrachan con frecuencia los fines de semana, que además son grandes fumadores de tabaco y de cannabis, y cuyo consumo simultanean a menu-

do con otras drogas como el éxtasis o la cocaína... Para la cultura pro-cannabis existe una visión interesadamente idealizada de los consumidores como personas que forman vínculos compactos a través del cannabis, que se sienten parte de un colectivo iniciado, que tienen la confianza que otorga el sentir que ellos tienen la verdad, que se atreven a saltarse las prohibiciones, que conocen los secretos del conocimiento prohibido, factor que une, que crea unos lazos muy especiales.

Fumar porros es parte de la vida cotidiana. El cannabis, como cualquier producto social, está muy relacionado con la necesidad que de él se genere, y esa necesidad es también socialmente construida. En los años sesenta, prácticamente nadie fumaba porros en España, al igual que pocas familias tenían teléfono o televisión en sus casas. Ello no significa que la población se socializara menos o peor, simplemente que sus mecanismos pasaban por otras vías. Actualmente, fumar porros es parte de la vida social de muchos jóvenes, de la comunicación con uno mismo, de los momentos elegidos por algunos para relajarse; también es un elemento de prestigio para jóvenes que quieren demostrar a sus iguales su atrevimiento al comprar costo a algún traficante; es parte de la vida escolar de los adolescentes, del alejamiento de la vida académica, de la desvinculación de responsabilidades; es útil para mantener controladas las frustraciones en lugar de enfrentarse a ellas y superarlas, es parte de un sinfín de situaciones. Y ello hace que nos planteemos: ¿Cómo se ha logrado convertir en una necesidad el fumar porros? ¿Qué nuevas dependencias crea ese hábito? ¿Quiénes salen beneficiados?

La deconstrucción de la cultura del cannabis permite analizar los valores simbólicos con los que se define un producto, relación sin duda muy cuestionable. Consumir cannabis es consumir una mercadería más, aunque su objetivo sea lograr un cambio en las percepciones. Con ello, los consumidores participan del mercado, legal o ilegal. Es posible que cuando los porretas fuman cannabis logren un estado de ánimo más placentero,

se sientan más próximos a sus colegas, mejoren la calidad de su vida sexual, tengan más apetito, o logren desconectar de sus problemas, pero no vemos por qué regla de tres pueden conseguir, además, participar de todas las bonanzas que predica la cultura del cannabis. Por el simple hecho de fumar no van a entablar unas relaciones más solidarias con el tercer mundo, ni van a convertirse en creadores o artistas, ni están participando en ninguna acción ecológica, ni van a estar más sanos, ni van a descubrir a nuevos dioses o ideales. Todo eso se logra con otras estrategias y requiere un esfuerzo mayor que limitarse a fumar porros. Ni siquiera los propios consumidores pretenden eso cuando fuman, aunque cada vez utilicen más esos argumentos para legitimarse.

Un sentimiento unánime en la cultura pro-cannabis es la protesta contra la prohibición. La sociedad, según afirman, utiliza esa prohibición como un instrumento de control social, lo cual, sin duda alguna, es cierto. Podríamos discutir si limitar el acceso al consumo de los menores es una acción lícita dentro de una sociedad y hasta qué punto se puede coartar que un adulto adquiera drogas. Pero jamás se menciona el hecho de que consumir drogas es también un elemento de control social, al igual que lo es el consumo excesivo que hace nuestra sociedad de benzodiazepinas o de alcohol. El cannabis es una poderosa herramienta de control social, lo que se vislumbra con toda claridad en las entrevistas a los usuarios de esta sustancia. Como bien explican los propios consumidores, los porretas no causan problemas, son pacíficos, están fuera de la realidad, no se enfrentan a los problemas. La defensa que hace un consumidor del cannabis frente a las demás drogas resulta de lo más esclarecedora para comprender una de las funciones sociales del cannabis:

“Cuando sales a la calle a mí me da más tranquilidad estar rodeado de porreros que de gente borracha, yo nunca he visto a un porrero agresivo, pero sí a borrachos, el alcohol siempre trae problemas. Entrás en un bar donde todos están fumados y el ambiente es de encefalograma

plano, no ves un detalle de agresividad. Yo prefiero ese ambiente que el del alcohol, pastillas o cocaína que están desencajados (consumidor varón de 35 años).

El efecto “encefalograma plano” es muy gráfico. El comentario es de un consumidor de cannabis que no hace uso de ninguna otra droga. Cada sustancia tiene sus efectos, que ocupan un lugar determinado en el entramado de las necesidades que satisfacen. El cannabis es la sustancia de la paz, del relax y del control de la conciencia.

Todo ello adquiere una importancia relevante al analizar el efecto diferencial del porro entre adultos y adolescentes (entre los que el consumo de porros se está expandiendo). La capacidad de gestión del consumo también es diferente: los adultos tienen una mayor capacidad de control que los adolescentes o los jóvenes, quienes tienen menos habilidades de gestión y entran en una dinámica más compulsiva. Consideramos especialmente preocupante el consumo de cannabis entre los adolescentes y los jóvenes. Los defensores del cannabis harían una gran contribución social si ayudaran a crear los criterios de prevención que nuestra sociedad necesita, con el fin de impedir el aumento del consumo de cannabis entre individuos que aún están en proceso de formación.

La cultura pro-cannabis juega a menudo con la confusión existente entre cáñamo (planta que tiene diversos usos industriales) / cannabis (marihuana y hachís) / THC (tetrahidrocannabinol, principio activo del cannabis con efectos psíquicos entre los consumidores de cannabis y que ha sido utilizado como medicamento). En la relación que se establece entre cannabis y ecología hay que cuestionarse qué conexión puede haber entre fumarse un porro y la ecología. Ese vínculo se ha establecido asociando el cáñamo, cuyo uso industrial es conocido desde la antigüedad, con aquellas plantas de cáñamo utilizadas por los consumidores de marihuana o hachís por su alto contenido en THC. Que deba defenderse el cáñamo como un producto natural, que su cultivo y su uso resulten más coherentes con una dinámica ecológica

que otros productos más extendidos, no convierte automáticamente al que fuma marihuana en ecologista. De igual modo, que el THC tenga propiedades curativas sobre algunas enfermedades tampoco comporta la bondad de fumar marihuana. Pero la cultura del cannabis explota interesadamente estas confusiones.

Lo más curioso es que nadie parece querer plantearse qué tiene de ecológico crear nuevas necesidades y tomar sustancias para cambiar el estado de ánimo. ¿Qué tiene de ecológico fumarse un porro para estar mejor con los amigos, o para salir de marcha por la noche y pasarlo mejor, o antes del acto sexual para acrecentar (¿ecológicamente?) las sensaciones, o antes de dormir para caer más apaciblemente en brazos de Morfeo? La crítica a la expansión de la medicalización a la que está sometida la sociedad planteada por autores como Foucault (1990) y Menéndez (1990) adquiere una nueva dimensión con las drogas, pero quizás ya no sea el Estado la entidad que ejerce el control sino, en todo caso, nuevas vías del mercado y grupos profesionales que presionan para abrir nuevos espacios de intervención.

El discurso que se está creando alrededor del porro, cada vez tiene que ver menos con el porro en sí o con las condiciones y los intereses reales de la mayoría de fumadores. Se está originando una ‘construcción social’ muy compleja con argumentos ‘prestados’ de otros colectivos. Pero ¿cuáles son esos propósitos? ¿Fumar porros, quizás? ¿Fumar porros en libertad? Parece demasiado esfuerzo para conseguir algo que, después de todo, la mayoría de los fumadores consiguen hacer sin demasiados problemas y con bastante comodidad:

“El otro día me di cuenta de lo hipócrita de la situación. En un garito de Madrid, ponen música muy buena y la gente va puesta, o se toman sus éxtasis o se fuman sus porritos en el chillout. Ahora se puede fumar en cualquier garito. A diez metros, en la misma acera, está la comisaría de policía. Me quedé pasmado viendo a la gente del garito, que no había ni uno que estuviera bien, a todos se les veía colocados, al mismo tiempo

veías a la policía pasando por delante” (consumidor de 30 años).

La mayoría de los consumidores de cannabis lo único que persiguen es pasarlo bien fumando un porro. Sin embargo, los que se toman el tema en serio y dedican muchas energías a la causa parecen defender a través del porro una concepción determinada de la cultura, de la sociedad... Pero ¿cuál es exactamente? Hay algunos elementos que nos sirven de pista: podría pensarse que al apoyar el porro se defiende ese espíritu idealizado del 68, y, de hecho, los principales actores se adscriben a él. Hay quizás una añoranza en esa defensa, un deseo de renovar viejos tiempos, de recuperar lo perdido. Los ingredientes básicos se concretan en una visión alternativa de la vida, en un cierto inconformismo frente a los valores generales de la sociedad, en una especie de antimodernismo, en la defensa de un tipo de relación más espontánea entre las personas, etc... Pero la pregunta vuelve a surgir en nuestra mente: y en todo ello, ¿qué pinta el porro? ¿Por qué es el símbolo de una nueva utopía? ¿Se trata del nexo de unión entre generaciones? ¿Es una propuesta realmente alternativa o más bien reaccionaria, al estilo de Lampedusa cuando afirmaba “es necesario que todo cambie para que todo siga igual”?

BIBLIOGRAFÍA

- Antúnez, A. (1999) La marihuana, yerbabuena para el cante. *Cáñamo Agosto*: 20.
- Benjamin, W. (1995) *haschisch*, Madrid: Taurus.
- Cabrera, J. (1999) Cannabis ¡Hasta donde! I^ª Jornadas de Expertos en Cannabis de la Comunidad de Madrid, Madrid: Agencia Antidroga, Comunidad de Madrid.
- Calafat, A., Bohrn, K., Juan M, Kokkevi A, Maalsté, N. et al (1999) *Night life in Europe and recreative drug use*. Sonar 98., Palma de Mallorca: IREFREA.
- Calafat, A., Stocco, P., Mendes, F., Simon, J., van de Wijngaart, G., Sureda, P. et al (1998) *Characteristics and Social Representation of Ecstasy in Europe*., Palma de Mallorca: IREFREA.
- Calafat, A. et al., (2.000) *Salir de marcha y consumo de drogas*. Madrid: Plan Nacional sobre Drogas.
- Cañamo (1999) Declaración de principios (documento obtenido de la página web de cáñamo).
- Derber, Ch., Schwartz, A. (1992) “Nuevos mandarines o nuevo proletariado? Poder profesional en el trabajo. En *Revista Española de Investigación Sociológica* 59: 57-87.
- Diario 16 (26 de octubre de 1997) “Un detenido en la I Copa Marihuana”, *Diario 16*, Madrid.
- Cohen, P, Sas, A. (1999) “El uso del cannabis en Amsterdam” reseña del estudio en *Centro de Documentación y Drogodependencias* 57: 10.
- Conrad, C. (1998) *Cannabis para la salud*, Barcelona: Martínez Roca.
- EFE (23 de noviembre,1999) más de 40 millones de personas de la UE han consumido cannabis alguna vez. *Ultima Hora* 11.
- ENCOD. Documento de lobby hacia el parlamento. Documento obtenido de la página web: icn-drogas@worldcom.nl.
- Fagerström K.O., Pomerleau, O. et al., (1994) “Nicotine may relieve symptoms of Parkinson’s disease” en *Psychopharmacology* 116:117-119
- Farrel, M. (1999) Cannabis dependence and withdrawal. *Addiction* 94: 1277-1278.
- Fericgla, J.M. (1994) De las drogas de diseño a los ritos de siempre. *Integral* 8 (173): 58-62.
- Fericgla, J.M. (1999) “Para llenar el vacío”. *Ajoblanco* 8.
- Fericgla, J.M. (2000) “El árduo problema de la terminología” en *Cáñamo* especial 2000
- Fraga, G. (1998a) Fernanda de la Higuera. *Cáñamo* (8): 58-61.
- Fraga, G. (1998b) Martín Barriuso. *Cáñamo* (10).
- Foucault, M. (1990) *La vida de los hombres infames*. Madrid: La Piqueta.
- Funes, J. (2000) “drogas y adolescencia. Dos iniciaciones simultáneas” en Grup IGIA, *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*. Barcelona: Pla d’acció sobre Drogues de Barcelona, Institut Municipal de Salut Pública y Ajuntament de Barcelona.
- Gamella, J.F., Rovira, J., Comas, R., Palmerín, A., Lligoña, E., Moncada, S., Merlo, P., Costa-Pau, R., Ureña, M.M., Serra, F., González, S., García, L., Rodríguez, M.D., Llópis Llácer, J.J. (1996) *Drogas de Síntesis, elementos para el análisis social, la prevención y la asistencia*., Madrid:

- Coordinadora de ONG's que Intervienen en Drogodependencias.
- García, D. (1999a) Alaska, la nuestra fue una generación de descartes. *Cáñamo febrero* (14).
- García, D. (1999b) Marihuana y nuevas músicas. *Cáñamo Agosto* (20): 24-26.
- Gonzalez-Anleo, J. (1999) "Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles" en Elzo, J. Et al., *Jovenes Españoles 99*. Madrid: Fundación Santa María: 121-182.
- Grinspoon, L. (1999) Opinion piece: Medical marijuana reconsidered. *Addiction Research* **6**, 395-394.
- Grinspoon, L., Bakalar, J. (1997) Marihuana, la medicina prohibida. Prólogo de J.M. Mendiluce, Barcelona: Paidós.
- Hawkins, S.W. (1990) *Historia del tiempo*. Barcelona: Crítica.
- Herer, J. (1999) *El cáñamo y la conspiración de la marihuana*, Cádiz: Castellarte.
- Heródoto, Marco Polo, Gautier, Baudelaire, Nerval, Dumas, Escotado, A. (1999) *El club del hachís*, Madrid: Mirahuano ediciones.
- Hofmann, A. (1997) "química y destello vital" en *Archipiélago* **28**.
- Howell, W. (1998) *The politic of pot. The journal of addiction and mental health* **1**, pag.18.
- Hottois, Gilbert (1991), *El paradigma bioético. Una ética para la tecnociencia* (Barcelona: Anthopos).
- Ingold, R, Toussirt, M. (1998) *Le cannabis en France* París: Anthropos.
- Junquera, C. (1992) El cannabis: un fenómeno cultural e imaginario del ayer vigente en la sociedad de hoy. *Cuadernos de realidades sociales* 53-72.
- Kalamudia, (1999) Kanabiko **2** (boletín informativo).
- Kokoreff, M. Mignon, P. (1994) La production d'un problème social: drogues et conduites d'excès. La France et l'Angleterre face aux usagers d'ecstasy et de cannabis. p.-173 Paris: DGLDT/Min.Rech.et Ens.Sup. Toxibase.
- Labrousse, A. (1999) El mercado europeo de las drogas y su fuente de abastecimiento. *Revista análisis.Geopolítica de las drogas* **2** (1): 38-44.
- Latour, B. (1992) *Ciencia en Acción*. Barcelona: Labor.
- Meana, J.J. Pantoja, L. (1998) *Derivados del cannabis: ¿drogas o medicamentos? Avances en farmacología de drogodependencia*, Bilbao: Instituto Deusto de Drogodependencia. Universidad de Deusto.
- Megías, E. (1999) Las representaciones sociales sobre drogas en España. En *VI encuentro Nacional sobre Drogodependencias y su enfoque comunitario*,. Cádiz: Centro Provincial de Drogodependencias de Cádiz: 481-499.
- Menéndez, E. (1990) *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*, México: Alianza Editorial y Fonca.
- Michaux, H., Hofmann, A., Szasz, T., Usó, J.C. Escotado, A. (1997) Drogas:sustancia y accidente. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* **28**.
- Navarro, V. (1979) *La medicina bajo el capitalismo*, Barcelona: crítica.
- Observatorio Español sobre Drogas (1998) *Informe 1*, Madrid: Ministerio del Interior, PNSD.
- Observatorio Español sobre Drogas (1999) *Informe 2*, Madrid: Ministerio del Interior, PNSD.
- Palmer, C. Horowitz, M. (1999) *Mujeres Chamán, damas iniciáticas. Escritos de mujeres en la experiencia con drogas*, Cadiz: Castellarte.
- Pertwee, R.G. (1999) Medical uses of cannabinoids: the way forward. *Addiction* **94**, 317-320.
- Quiroga, M. (2000) "Cannabis: efectos nocivos sobre la salud" en *Adicciones* **12**, supl. 2 .
- Rodríguez (1999) Nuevas formas de política y poder en Oltra, B. *Sociedad, civilización y culturas mediterraneas*. Madrid: Taurus.
- Romaní, O. (1999) *Las drogas. Sueños y razones*, Barcelona: Ariel.
- Rosental, E. (1978) *Manual para el cultivo de la marihuana*. Barcelona: Pastanaga ed.
- Ruidíaz, A. (1998) *Universidad y drogas*, Madrid: Agencia Antidroga, Comunidad de Madrid.
- Shulgin, A. (1997) "Química y destello vital" en *Archipiélago* **28**.
- Solé, M. (1999) "Psicología Transpersonal y terapia transpersonal" en *Ulises Revista de viajes interiores* **2**.
- Szasz, T. (1981) *La teología de la medicina*, Barcelona: Tusquets.
- Usó, J.C. (1996) *Drogas y cultura de masas*, Madrid: Santillana.
- Woolgar, S. (1988) *Ciencia: abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos.